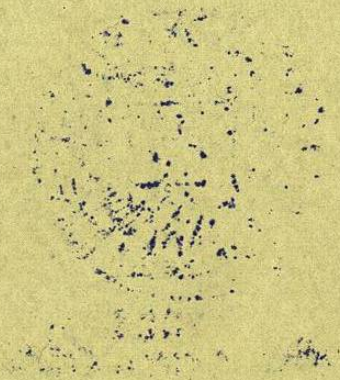
L. AZUELA

MARIA LUISA

PQ7297
.A9
M37

1020028153



CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

MARIA LUISA.

Núm. Clas N
Núm. Autor A9973m.
Núm. Adq. 5372.
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

82

Al Sr Lic D Manuel
M del Campo con el
testimonio de mi afec-
to
Azuela
Lagos, Octe 29/907

MARIANO AZUELA.

MARIA LUISA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO ...
BIBLIOTECA UNIV... L...
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lagos de Moreno.
Imprenta Lopez Arce. Avenida Juárez, 3.
1907.

098059
5372

863
A
PQ7297.
.A9
M37

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

I.

Después de la cena, los abonados á una casa de asistencia de la calle de Belén, solían con frecuencia seguir conversando hasta las diez ó doce de la noche en el destartalado comedor, que de tal servía un corredorcito á la entrada de la casa; y no pocas ocasiones sucedió que la luz del nuevo día sorprendiera las caras pálidas, ojerosas, febricitantes de los que con una baraja, se arrancaban hasta el último centavo; ó bien á borrachines clavados de codos sobre la desvencijada mesa, entre despojos de cervezas y *Viuda de Martínez*. Y era que siendo estudiantes los más, como dignos, mataban el tiempo alegremente.

Esa noche reinaba la más franca y cordial alegría: el Chato había recibido la mesada, y

naturalmente no escaseaba el vino. Ramón descolgó la guitarra; y sonoros acordes exaltaron el entusiasmo. Hasta se improvisó un monte de cinco pesos en centavos alineados en filas de veinticinco, con el que el astuto Chato se resarcía con creces de los gastos de la francachela.

En torno de la mesa, aun cubierta con mugriento mantel, sin mas vajilla que dos colorados botellones de barro, media docena de copas, y varias botellas, se agrupaban los humildes devotos de Birján; y el Chato, siempre el dueño del monte, corría un sucio y apergaminado naipe entre sus flacuchos y nudosos dedos. Cómodamente sentados en sillas reclinadas sobre la pared, las patas delanteras al aire, algunos conversaban animosamente; en tanto que Ramón, un joven bajito, de cabellos rizados, castaña á la Rubens, con cierto aire de afeminamiento, cantaba una romanza con todos los refinados de un aspirante á corista del teatro de Apolo.

Un triste aparato de petroleo, de los llamados de media luz, y menos que media luz, pues que esta se amortiguaba por un remiendo de papel azul en un boquete de la bombilla, era lo que alumbraba á aquella alegre juventud.

Cuando el reloj de la catedral dió las diez, las campanadas se perdieron entre la algarabía y el más completo desbarajuste. Todos hablaban calurosamente, los tapones saltaban, lanzados por las efervescentes botellas; los vasos, en argentinas vibraciones, chocaban; se oía el chorrear del espumoso líquido, y los brillantes arpegios y llenos acordes de lá guitarra surgían apasionadamente en medio de aquel bullicio loco.

De repente, el apolillado cancel se abrió, y un joven, con la familiaridad de un compañero de casa, se coló sin saludar siquiera, y acomodóse entre los que apostaban.

—¿Cual está saliendo?—preguntó al oido de su vecino.

—El caballo;—contestó este maquinalmente, y sin quitar la vista del naipe, del que esperaba, con ansia, una carta.

El Chato deslizó sobre la mesa dos cartas, anunciando:—Tres de bastos, caballo de espadas.....

Sobre el caballo menudearon centavos y hasta un décimo.

—No apuestan más?—murmuró el Chato.

—Corre! as.....cuatro....rey....sota....

—¡Caballo!—esclamaron á una voz los ju-

gadores; y con gran alboroso, desapareció instantaneamente el monte de centavos.

Sin inmutarse, el Chato sacó, con toda calma, cinco pesos de plata, y los puso sobre la mesa; y barajando con habilidad de gente que lo entiende, dijo:

—Ahora gánenme estos otros cinco.

—Yo tapo;—exclamó altivamente Pancho, que así se llamaba el recién llegado.

—Quién, ¿usted?—replicó el Chato dejando asomar una sonrisilla burlona y despreciativa que le era habitual—Vaya primero á pedir permiso á mamá.

Era el Chato un estudiante de medicina rezagado en el tercer año á fuerza de reprobadas, dado al vino, á las hembras bravías, y más que á todo, al juego; del qué, era fama, sacaba abundante cosecha: circunstancia única que podía explicar las frecuentes orgías en que á cada paso se engolfaba, y el qué á diferencia de sus compañeros, no tuviera el penosísimo hábito de llevar los bolsillos eternamente vacios. Tipo de esos repugnantes parásitos de los colegios, no solo esto lo hacía antipático, cuanto su repugnante figura. Flacuchón y contrahecho, de cara alargada y dura como pergamino, con los párpados siempre hinchados y rojizos por la crápula; una

sonrisilla presuntuosa que quisiera ostentar cierto aire socarrón de superioridad, y que en realidad no era mas que un chispazo de maliginidad en el abismo de su estupidez. Pero lo que sobre todo resaltaba en su semblante, eran unas narices levantadas de alas siempre palpitantes y que revelaban un sensualismo refinado.

El Chato creyó indudablemente una fanfarronada el desafío de Pancho; de aquel chico que bebía poco, jugaba menos, embelesado siempre en hacer el amor á las *catrinas* de barrio. Tomó pues, con desenfado, la baraja tirando en seguida dos cartas.

—Cinco.....rey.....

Nadie apostaba.

—Tres.....caballo.....

—Tapo el monte,—repitió decidido Pancho, y volteó la carta colocando sobre ella cinco duros, que debieron haber hecho retintín en el codicioso corazón del Chato. Pero éste todavía vacilaba y preguntó:

—¿De veras los juega?

—Pues es claro, *mio caro*, ¿no lo ve?

Cinco pesos jugados así, de un golpe, entre aquellos descamisados que con diez duros cubrían los gastos mensuales de comida y ropa limpia, era el gran disloque. Ante tan emo-

cional apuesta, todos se levantaron de sus asientos; y al barullo, sucedió el más profundo silencio. A la débil y azulada luz del petróleo, aparecían los semblanles, presa de gran emoción; la cara regordeta y simpática de Pancho se veía pálida y sacudida por ligeros extremecimientos nerviosos, en tanto, que la dura faz del Chato permanecía impasible é inmutable como un palo.

—La baraja—dijo Pancho.

—Ahí la tiene—respondió el Chato, tirándola desdeñosamente sobre la mesa.

Con mano torpe, Pancho descubría una carta tras otra. Sucesivamente aparecieron seis cartas, y por fin la ambicionada.—¡Caballo!—exclamó con emoción, sintiendo su pecho dilatarse como si hubiera acabado de pasar por un gran peligro; tomó el dinero y, sonriente, se levantó.—Gracias, gracias, mis buenos amigos; necesitaba diez pesos con urgencia, que no es para contada. Magnánimos amigos, gracias, y «*au revoir.*»

—Oiga, espérese, ajuste los veinte; mire, aun queda todavía.

—Que le aprovechen *mio caríssimo*; yo no juego más.—Lleno de ira, aquel se mordía los labios procurando disimular, mientras Pancho desapareció por un obscuro pasadizo que conducía á su habitación.

Los grupos volvieron á formarse, y las apuestas reanudáronse con entusiasmo creciente.

En el pasillo, Pancho encontró á María Luisa, la guapa hija de la casera, y emocionado, con voz turbada, le dijo muy quedo:

—Conque resueltamente Lisa? Mañana en la tarde, ¿eh?

—Sí—respondió ella con voz apagada.

Pancho entró á su cuarto y apresuradamente, amontonó en una desvencijada petaquilla, la ropa descolgada de un clavijero de pared; enrolló su colchón y desarmó el catrecito de fierro.

Un cargador se presentó á la puerta.

—Conque ya ves—dijo Pancho—tres bultos y nada más. ¿Cuánto?

—Pos serán cuatro reales.

—No, hombre, no la atrases, doce centas.

—No, amo,.... hasta la alameda y á estas horas

—La verdá, la verdá, es que mejor sería mañana. Me topa un cuico y no me conoce, y á dormir á la comisaría. Será la peseta si quiere, y eso sólo por ser á su mercé.

—¡Zas! pero que sea luego.

El cambio intempestivo de Pancho asombró á sus compañeros que atónitos le interrogaban sobre la ocurrencia de largarse á tales horas. Él, con un gesto les indicó que ya les contaría

—Jesús, dispensa. Con permiso de los señores.

Uno de los admiradores de Ramón se levantó al llamado de Pancho, y lo tomó de un brazo amistosamente; separándose hacia una habitación donde se metieron. Era Jesús; el rico de la casa; el único que se permitía tener piesa para él solo, y con balcón á la calle.

—Qué hay pues?—preguntó—por lo visto ya está arreglado todo.

—Ven por acá—respondió Pancho, llevándoselo al balcón.—¡Figúrate! á duras penas conseguí cinco pesos con Doña Paca la frutera de ahí abajo; después, tú lo has visto, los arriesgué, y de pura chiripa pude doblarlos; ¿pero qué diablos voy á hacer con esto?

—No seas cobarde! te ofrecí veinte pesos y mañana los tienes. Es cuestión de pedirlos en el escritorio, y en el acto están listos. Lo fino sería que la prenda se te escapara de entre las manos y te dejara con los gastos hechos. Ja....ja....ja... ¡caramba! que si á mí me tocara una pollita ó....gallinita,

¡qué diablo!; pero asi de guapa y tan ardorosa, y con ese salero, y con esos ojos..... ¡por vida de mil....! que dejaría en el monte de piedad hasta la camisa!

Pancho no replicó; permanecía con la mirada perdida en el espacio, absorto en mil pensamientos, retorciendo entre sus dedos un bozo naciente.

—¡Pero te habrás vuelto un bruto!—dijo Jesús con impaciencia.—¡Pásamela al costo!

—¡Oh!, tú cuentas con tu sueldo, con la mesada que te mandan de tu casa; pero yo.... Tengo recomendación para el director del hospital; ¿y de qué me sirve? Él, bien me conoce entre los más pinteros.

El foco de luz eléctrica en medio de la bocacalle derramaba deslumbrantes rayos como de platino en ignición, que reverberaban blancos hasta en el empedrado. Como globos de fuego, aparecían, de dos en dos cuadras, los demás focos, aproximándose más y más, á medida que más lejos se veían; dejando una franja luminosa en cada boca calle, hasta perderse, al sur, en la fuerte curva de la calle, y al norte, en la impenetrable obscuridad de remoto barrio.

Pancho tendió la mano á Jesús, y sin articular palabra, se retiró, pasando desapercibi-

do por entre la tumultuosa turba de estudiantes en plena ebriedad.

Cuando se encontró en medio de la calle, sintió bienestar; la soledad le era grata. Vagó sin rumbo fijo, dando rienda suelta á sus pensamientos, que en tumulto se agolpaban á su cerebro. ¡Qué calaverada aquella! María Luisa le prometió esa misma tarde, que se escaparía con él al dia siguiente; y con voz tan extraña, con miradas tan ardientes, que no dudó ni por un momento, que la resolución de su novia fuera verdadera. Si, ciertamente, muchas veces le había dicho entre broma y seriedad: «Lisa, si viviéramos juntos tú y yo, los dos solitos, ¡qué felices seríamos!» Y Lisa reía con burla siempre, y siempre acababa por decir horrores de los hombres.

Fue por tanto una sorpresa el ver cambiados los papeles cuando menos lo esperaba. El iba diariamente en pos de Lisa, ya á la caída de la tarde, á la hora en que ella salía del taller; y ambos se encontraban en la Alameda y metíanse en un rincón, predilecto por su exorbitante follaje, desde donde veían crepúsculos que les arrebataban en los más bellos ensueños de su amor. Y ahí, esa misma tarde, Lisa, presa de emoción profunda,

temblorosas las manos, enrojecidas las mejillas, la frente ardiente y sudorosa, convulsos los labios, le repitió mil y mil veces que le adoraba, que le amaba con toda su alma, que quería ser suya, suya eternamente. En verdad, que á él no le repugnaría vivir con su novia, la amaba, si; pero no tanto que pudiera cegarse y desconocer la locura de la pobre muchacha. El la quería suya, pero sin dificultades ni compromisos para el porvenir. Y si en un acceso de entusiasmo voluptuoso quería convencerse de que aquello no era nada, una ligereza como á diario se cometen; la explosión de ciertos restos de su antigua educación hacía que en su conciencia apareciera nítida, con irritante deslumbramiento, la idea de que iba á cometer un crimen, lanzando á aquella desdichada á la miseria y peor todavía, quizá á la prostitución. Pero su orgullo de tenorio en ciernes se levantaba con inaudita altivez, y le hacía desechar, con indignación, semejante idea; y pensó que sería preferible romperse la crisma, á darla de casto José.

Automáticamente había llegado á una esquina donde, noche á noche, esperaba á Jesús para volverse juntos á su casa. Una venta-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSO REYES APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

na se entreabrió, apareciendo Esther la novia de Jesús.

—¿Qué es de Jesús?—preguntó á Pancho que familiarmente se dirijió á saludarla.

—Se encuentra un poco acatarrado y entiendo que no vendrá ahora.

—¿Acatarrado? qué sé yo en donde se habrá metido; y usted quiere también «taparle.»

Al tomar la fina y delicada mano de Esther, Pancho involuntariamente la comparó con María Luisa; pero sintiendo molesta aquella idea, la desechó luego, por un esfuerzo de su imaginación, pensando: aquella es mucho mejor.

—La veo á Ud. muy mejorada, Esther Parece que los paseos matinales le prueban bien.

—¡Admirablemente!, Pancho, viera Ud. He aumentado dos kilos en menos de quince dias. El Doctor Aguirre, me dice que el baño y el ejercicio me dejarán buena; y por esto nos encuentra usted todas las mañanas. Vamos á las «Barranquitas», Mamá, Jesús y yo.

—Pues mire, que á Jesús le va á probar mejor la medicina que á Ud.

—Ande! ¡Qué bromista!—replicó ella con una sonrisilla y con una entonación de voz un poco pronunciada, habitual en la linda chihuahuense.

—Pancho se despidió después de haber recibido el encargo de hacer todas las recriminaciones posibles al pillo de Jesús que tenía á su novia, hasta esas horas esperándolo.

Se dirigió á su nuevo hogar en la calle de la Alameda, presa de la gran exitación que lo alejaba imperiosamente á la soledad. Sus pasos resonaron en el inmenso silencio de las calles. Cuando pasó frente á la catedral, sonaron las doce, y por un momento se ahuyentaron las aves nocturnas que revoloteaban en torno de las blancas torres, de las canteras piramidales: agujas enormes clavadas en el espacio. La plaza de armas se inundaba en la brillante claridad de los focos eléctricos que con su chisporroteo intermitente parecían los vigías en alerta, velando el sueño de la ciudad, de la casta doncella tranquila y apacible, aun no profanada por el noctivaguismo de las grandes capitales.

II.

María Luisa disimulaba tan bien sus veinticinco años, que sólo un atrevido estudiante que la había visto salir del baño, conocía y guardaba el secreto de unas arrugas nacientes en la conmisura de los párpados. ¡Sombría fatalidad que no respetaba aquella tez morena y apiñonada; aquellos ojos flameantes, imposibles para la indiferencia, nacidos para amarse ó para detestarse; y aquella boquita de fresa roja, pequeña y húmeda!

Lisa era de esas mujeres que saben honrar el arte de los afeites, y explotar toda clase de artificios, sin mengua de la belleza. Si sus risas, impregnadas de dulzura y amabilidad, de nadie las aprendió, sí era una actriz consumada cuando, con tanto tino como exquisitez, usaba de los polvos y de la crema. Nadie le enseñó su andar de tapatía fogosa, ni á dar movimiento ondulante á sus caderas, y airoso balanceo á sus hombros; pero sí aprendió á dar á la tela más humilde un corte correcto, gracioso y elegante. Adivinó el secreto para hacer destacar, bajo la entallada falda, *la escultura triunfal de su cadera*, que, naciendo en una cintura diminuta, se deslizaba, atrevida, sobre un muslo lleno y arrogante. Y luego, ¡qué delicadeza en la elección del calzado! No ignoraba Lisa que tenía un pié admirablemente pequeño, y nunca hubiera tolerado las raspaduras grises ni los desviados tacones que llevaban sus pobres compañeras del taller de medias, donde trabajaba. Al cruzar por las calles, era entre una lluvia de flores de los transeuntes, y de tal cual florón que la hacía ruborizar.

Que ¿quién era María Luisa?.... ¡Una de tantas flores abiertas en el estercolero; que se levantan esbeltas, húmedas y perfumadas; que parecen lanzarse al cielo, y que en breve se tuercen á los ardorosos rayos del eterno sol de la vida, arrojando sus mustios pétalos y su semilla sobre el mismo estercolero que la miró nacer! María Luisa fué hija de la casualidad. Era la época de la revolución, cuando los soldados venían á los pueblos, cu-

biertos con la sangre de sus hermanos; el poderoso instinto tomaba la revancha: llegaban sedientos de placeres, y después del cansancio de la muerte querían el cansancio de la vida. Y la vida se reproducía prodigiosamente. María Luisa tenía tres años cuando saltaba de las rodillas de un estudiante á los brazos de otro, de las caricias de uno á los besos de otro. Nació entre estudiantes, se crió entre ellos; su medio de educación é instrucción fueron ellos. Fue, por tanto, su crecimiento en medio de aquel alegre barullo, que hacía olvidar las penalidades de la vida. Cuando Lisa fué una mujer, conocía á los estudiantes como si fueran sus hermanos. Conocíalos en sus locos entusiasmos, en su incorregible inconstancia, en sus turbulentas alegrías y en sus desfallecimientos fugaces. Asi es que no le pareció extraño que uno de los asistidos, un mocozuelo que le hizo la corte á los diez años, la hubiera olvidado el dia que se separó de su casa. Después otro la había dejado por la cocinera. Ella, por su parte, estaba siempre por el más guapo ó por el más ricachón; y cuando pensaba acabar con alguno, ya tenía preparado el candidato sucesor. En realidad, á nadie había amado; los quería á todos, sabía ser amable

y tener frases para cada uno, y, por consiguiente, sacaba todo el partido apetecible.

Deslizada hasta entonces su vida entre entusiasmos y alegrías, riendo siempre, ignorante del inmenso peligro del amor, fue para ella un despertar el día que sintió dolor porque Pancho no durmió en casa, y se fue con amigos á la calle, ó. . . . sabe Dios á donde. ¿Por qué había tenido noches de insomnio, perseguida hasta el fastidio por el recuerdo de Pancho? Lo que le había dicho, alguna frase que no había entendido claramente, y de la qué se empeñaba en desentrañar raudales de pasión. Si Pancho tenía la piel fina; si la había mirado un momento con cansancio; si le había dado algún beso desabrido; si en fin, fueron cuatro ó cinco las veces que la había estrechado contra su corazón. Y Pancho ahí, siempre ahí; sin dejar un momento á su sueño venir apasible como antes. ¿Qué vida nueva se le revelaba desde que sintió ese amor entrañable para aquel muchacho estudiante de medicina, que seguramente no se casaría con ella? ¿Por qué se había enamorado, y perdidamente de él? Ella no lo había intentado, y, contra su deseo, resultaba vencida en la terrible lucha por arrancarlo de su corazón. ¿Era, acaso, que necesitaba

resistencia y dolor para amar? Ninguno, antes de Pancho, la había hecho sufrir. La inconstancia de éste, la oposición decidida de su madre, las continuas molestias con que la atormentaba su vieja tía por su noviazgo, ¡todo la atormentaba! ¿Sería ese el aguijón que transformaba un cariño fugaz en el más ardiente amor? ¿Sería que Lisa sentía que sus encantos, aves viajeras, empezaban á escapársele; que sus nidos de ensueños quedaban vacíos; que la juventud se iba y el invierno helado la sorprendía allí, siempre asistiendo estudiantes para tener que comer; siempre trabajando en el taller, para tener que vestir?.... ¡Oh, el horror al soplo helado de los años, que petrifica el corazón, convirtiendo en tumba lo que fué nidero de anhelos y pasiones! ¿O sería, por fin, el eterno triunfo de la Naturaleza, de aquel muchacho coloradote, de sonrosados carrillos, negras pestañas y grandes ojos; el robusto hijo de la aldea, que llevaba la vida de sus campiñas, al llegar á la capital; soñador en pleno florecimiento de juventud, y contrastando sensiblemente con aquellos compañeros de estudio, endebles y marchitos por el vino, el amor venal, y por todos los excesos de una juventud tan entusiasta como irreflexiva?

Ella había sentido extraños estremecimientos apoderarse muchas veces de su organismo; y en las noches, cuando el sueño se ahuyentaba, pensaba cosas que la enloquecían. Fue una de esas noches cuando una funetsa idea, como negra mariposa, revoloteó un instante en su mente, siendo desechada luego con horror: Lisa pensó en entregarse á Pancho, para luego unirse con él. Y la idea volvió; y volvió tantas veces, que, empezando por hacerse tolerable, acabó por hacerse amar. Y no fue ya solo por la noche, sino á la luz del día, que Lisa se dejara dominar imperiosamente por ella. Pues ¿qué el placer del amor no lo habían apurado su madre, su tía, sus amigas del taller, y todas asi, como un fuego fugaz? ¿Dejaría morir en el cansancio del trabajo, su belleza, para mendigar después lo que ahora podía exigir? Y si un soplo de dignidad se levantaba, y crecía y crecía hasta convertirse en huracán que arrastraba y barría semejantes ideas, apenas llegaba la tarde, apenas se encontraban Pancho y ella otra vez, la maldita idea volvía de nuevo, y, como una mole inmensa, aplastaba su cerebro, anonadaba sus facultades, y las resistencias desaparecían. Asi llegó el día en que Lisa no pudo más ... ¡La mujer se

levantaba impetuosa, irresistible!... ¡El sexo estallaba, como majestad triunfante, irradiando en las fulguraciones del amor y de la belleza!... ¡Quiero ser tuya!....—dijo transfigurada.—Y Lisa triunfó....era fuerte, porque era bella!.... Y Pancho triunfó ....¡era bello, porque era fuerte!....

III

Era la una de la tarde. Un estrépito de sillas, de cucharas y de platos, en medio de vivas conversaciones, se oía en el comedor. En la cocina, Doña Cuca, la dueña de la casa, y su prima Juana, disponían la comida para los asistidos.

—Tú, muchacho,—dijo Juana, una vieja desdentada y andrajosa, con voz imperativa, traeme platos limpios, y lleva el cocido.—Luego, dirigiéndose á Doña Cuca:—Mira, Refugio ¡qué asco de vasos!;....te lo digo: este es un indecente que solo habrá servido de caballerizo.....

—Pos siñora si no le cuadra el fuste.... págueme los ocho dias que me debe y me largo,—replicó el criado con altanería.

—¡Cállate, malcriado!.... Educación es la que te falta.....

Y seguia la vieja hablando y regañando, sin quien pudiera poner dique á su insoportable locuacidad; y hablaba aprisa, atropellando las palabras que, maltrechas, salían de entre sus feroces colmillos: únicos restos de su dentadura. Con su cabeza, de cabellos enredados en borrasca encuadrando una tez tostada, parecía la legendaria ogresa.

Era el revés de Juana, la buena de su prima, Doña Cuca, una viejecita simpática, de mirada dulce y complaciente, muy medida en el hacer; aunque, por desgracia, no tanto en el decir; pues si hay que dar justicia, perplejo se quedaría cualquiera en preferir entre la prima Juana que se descubría á primera vista en toda su horripilancia física y moral, y la excelente señora doña Cuca que platicaba con la monotonía más desesperante, interminable como una rueca en movimiento indefinido, cosa que era mala; pero lo peor de todo, que en ausencias, sin perder su proverbial mansedumbre, se las pintaba para dar venenoso mordisco, lo mismo al más calavera de sus asistidos, que á la más recatada de sus vecinas: ¡lengüetilla viperina tanto más peligrosa, cuanto que siempre atacaba en la sombra!

—¿Oyes el cuarto, Refugio? y María Luisa no parece. ¡Esa muchacha! ¡esa muchacha....! Tú te haces la desentendida, confías demasiado en ella; y ya verás que dolores de cabeza te ha de costar! A ver, ¿dime?, es la una y cuarto ya, y, de ella, ni sus luces. ¿Qué sabes tú á donde se habrá metido? Muchacho, dame los rábanos.

En el comal de hierro chirriaba la manteca, desprendiendo burbujitas ardientes. Doña Cuca tendía una tortilla colorada que, chisporroteando ruidosamente entre las papas i las cebollas rebanadas en redondos anillos vítreos, caía desprendiendo un olor que despertaba el más rehacio apetito.

—¡Cállate, cállate,—replicó sin alterarse doña Cuca, volteando con la punta de los dedos la dorada enchilada,—María Luisa sabe cuidarse, y si se ha dilatado, es que más trabajo habrá en el taller. Dame el queso.

—Pues lo que yo te digo, es que te vayas con tiento,—dijo la prima, sacando los brazos empapados en la turbia agua de un apaste donde lavaba los vasos; y dando á doña Cuca, una vieja caja de sardinas colmada de queso en polvo;—y que si no le haces romper con ese haragán del Francisco, la muchacha hace una tontería que te ha de quitar el sueño. Ese, es un perdido capaz de todo; y por

más que tú, hagas la desentendida, bien has visto, que á María Luisa se le ha chifiado la mollera.

—¿Con quién? ¡ja....ja....ja....ja...¿con Pancho?, ¿con ese pobrecito alma de Dios, que se fue por que no tuvo con que pagar la mesada? ¡Ja...ja...ja!—La voz de Doña Cuca se hacía fina y penetrante como la hoja de un pñal.—Ya se vé, ¡alma mia de él! no va á tener para que le sirvan en los agachaos; pero para otras maldituras no ha de faltar quien le dé. ¡Pobrecito! ¡Había de volar á Lisa ese infeliz chamagoso! Apenas serviría para una de esas de las calle.... Ahí si, ahí encontrará su centro. Es tan flojo, tan pelado y tan chocante, que sólo una de tantas estará buena para ese lindo haragán. Ahí le mantendrán sus vicios. ¡Criatura del Señor! No, no tengas cuidado,—añadía acentuando la bondad de sus palabras,—Lisa los ha tenido, y buenos; ¿y si? ¿cómo se han quedado.....?

La prima Juana, en incesante movimiento, ya con las tenazas removiendo los carbones encendidos, ya soplando desaforadamente la lumbre, ya enjugando trastos, tarde se le hacía que Doña Cuca acabara de hablar.

—Pues tú dirás lo que quieras; pero mira,

ahora mismo, al dejar la sopa en el comedor, oí que hablaban Pedro y el Chato; y luego que me vieron, cambiaron de color y se quedaron callados como unos muertos. Alguna cosa decían de Pancho y de Lisa; y el descarado ese del Chato me miró, y con su risa maldecida algo malo me dió á entender.

—Tú, y el Chato, y Pedro, y todos juntos, no son mas que unos lindos boquiflojos: como viven juzgan....

—La boquifloja lo serás tú, vieja tapadera, que me quieres embarrar en tus disimulos....

—¡Juana, cállate!,—respondió doña Cuca, colocándose en amenazadora actitud.

Los tacones de Lisa golpeando sonoramente el suelo, y el crujir de la almidonada falda, se oyeron; é interrumpióse la disputa. Lisa entró sudorosa y fatigada; y callendo luego con gran desaliento sobre una silla, dijo:

—¡Ay, mamá, ¡qué calor!....no tengo naditita de hambre, dame un pedazo de *biste*, y ya.

—Porqué te tardas tanto, hija?

—¡Uf, Dios mío! Hay un mundo de quehacer, y hasta ahorita nos dejaron salir.

Doña Cuca puso sobre un plato cuatro anchas lechugas frescas de un verde claro, y sobre ellas un palpitante trozo de lomo vir-

tiendo su jugo, y luego rebanadas de papas amarillentas obscuras, doradas y vaporizantes.

—¡Ay, Dios mio, qué humo! Apaga ese leño....

—¡Cuánta delicadeza tú! Juan, ¿qué es de los chiles en vinagre? Anda prontito..... Mira, María Luisa, dice Refugio que ya puedes írtelas componiendo con Francisco.... Nos choca y nos rete choca tu tal novio....

—¡Bah! ¿ya empiezas? Ya me canso de decirte, que á tí nada te va de mis cosas. Hazme favor de no volver á molestarme... Gracias á Dios de que para nada te necesito, y de que aun tengo madre.

—Si,—replicó ésta,—tienés madre, y tu madre te prohibe terminantemente esas relaciones. Juana dice bien; y no debes olvidar que es tu tía y es tu mayor á quien debes respetar.

—¡Tú, también, mamá?....

—¡Yo, también!....¿A mí me quieres gritar como á tu criada?

Lisa hizo un mohín de disgusto y con enojo dejó el platillo apenas comenzado, levantándose.

—No puede uno estar tranquila ni un momento. Ya me voy....

—Lisa, Lisa, ven acá ¿A dónde vas?

—Para qué me quieres, mamá? ¿para regañarme? Estoy fastidiada, me tienen hasta aquí,—dijo poniéndose los dedos sobre la nariz.—Trabaja uno todo el dia y para qué? para que lo atornillen hasta que les dé la gana, cuando uno viene á descansar.

—Eso es, sigue, castigo de mis pecados, eso era lo que me faltaba,—añadió sollozando doña Cuca,—somos las viejas molestas, y necias, é insoportables....

—Si, prosiguió Juana, ese es el pago que te da. Bien dice el refrán: «cría cuervos.... » somos las viejas gruñonas que se sacrifican para que la señorita tenga hasta tápalo de burato. Pero la culpa no la tienes tú, mi alma, la tiene la babieca de tu madre que esa educación te ha dado.

Entre sollozos y lloriqueos, doña Cuca pidió el vinagre.

—Toma, Juan, lleva las enchiladas.

—No está Juan,—replicó la prima—lo despaché á traer azúcar.

Lisa permanecía parada en el dintel, la vista baja, y en actitud humilde, arrepentida quizá, de dejar llorando á su madre, la última vez que comía en su casa. Esto fue, también, lo que hizo que sus ojos se llenaran de

lágrimas. Porque aquella escena se repetía todos los dias. El ave negra de la discordia era aquella vieja prima recogida por doña Cuca, desde pequeña. Solterona empedernida; su vida se había pasado de extravagancia en extravagancia. Vieja neurótica, digna del manicomio, caminaba sembrando siempre la discordia entre los estudiantes, entre sus amigos, entre sus parientes, y entre cuantos tenían necesidad de tratarla. De muchacha había sido insoportable clerófoba, quizá por haber servido en la casa de un mazón encopetado; ahora se había entregado al fanatismo religioso, y no salía de las iglesias. Si mortificaba á Lisa en sus relaciones con Pancho, no era por otra cosa, que por haberse empeñado en meter dentro del corazón de la muchacha, a un seminarista estúpido con quien comentaba los sermones y la Biblia y todo lo que no podían entender. En cambio, á Pancho lo detestaba desde que le causó la gravísima injuria de burlarse de ella, porque había contado con gran énfasis, que tenía relaciones con las criadas de su Señoría Ilustrísima. Peor aún, el dia que Pancho, conociendo las flaquezas de la vieja, socarronamente le pidió recomendación para las consabidas criadas, pues que pretendía

nada menos que llegar á canónigo; cierto de que le acomodaría grandemente la vida de tan dichosos mortales.

Si María Luisa odió toda su vida á Juana, ahora sentía ansia loca, deseo ardentísimo, de vengarse de ella en una vez, injuriarla, decirle cuanto se le viniera á la boca; al cabo era la última ocasión que se veían; pero el respeto á su madre la detuvo, y ahogó su rabia.

—¿Qué hace ese holgazán? Los platillos se enfrían....

—Dámelos, mamá,—dijo humildemente Lisa,—yo los llevaré..

—¿Tú?—se interpuso Juana—no, ¡imposible! vas á manchar tu traje; y luego, tus criadas, ¿para qué las tienes?

—Eres desvergonzada, Juana, no te contentas con el platillo que te damos de limosna.... No has de ser, tú más, la que me humille, ¡te lo juro!

—¿Oyes á tu hija, Refugio? Si; si la oyes; pero como eres lo mismo, ¡qué la vas á regañar! Ahora, dale un palo, y échenme á la calle como á un perro. No te asustes, tú la has enseñado; no una, sino multitud de veces, me has dicho lo mismo. Cual es la madre, tal es la hija.

—Pues si, Lisa dice bien: eres una perra

malagradecida, que no sé por qué castigo de Dios te he tenido siempre en mi casa.....

—¡Ah...¿conque esas tenemos? Tú, también me corres. Si; en el momento me voy de aquí. ¡Soy una mendiga, verdad! Si, toma; aqui están tus platos y tu comida. ¿Con que no soy tu prima, verdad, eh? Soy una perra.....¡ja...ja... ja! ¿Qué no seré siquiera tu criada? Pues á los criados no se les paga con frijoles. ¿Con qué me pagas? ja...ja...ja! ¿Con qué me pagas limosnera!!

Las viejas se lanzaron cojiéndose de los cabellos, se dieron cachetes, mordiscos, y rodaron por el suelo. Lisa sintió sólo el pesar de dejar ahí á su madre, cuando abandonaba para siempre su hogar.

Al pasar por el comedor, como siempre, saludó cariñosamente á los muchachos que la cubrieron de flores, á las que ella estaba acostumbrada, y que contestaba con miradas que valían un cielo.

IV.

Cuando Pancho entró á su casita de la calle de la Alameda, el cargador, un paisano suyo, roncaba dormido en un rincón. Una vela de sebo en un ladrillo, apenas alumbraba, con parpadeos de mortecina luz, las miserables paredes negruzcas de descuido é inmundicia habituales en los inquilinos del barrio. La cama estaba ya arreglada, y Pancho se metió en ella intentando dormir y dar un momento de tregua al espasmo moral que todo el dia le había agobiado. ¡Imposible! Miriadas de recuerdos como insectos zumbadores, tornaron en su mente ardorosa. Y pensó en sus padres.

Hacía seis años de su primera salida del terruño. Allá había estudiado con el cura del poblacho algo de latín, de física, de gramática, y otras materias que el buen anciano re-

cordaba, y que, con entusiasmo paternal, transmitía á los muchachos que querían hacer carrera.

¡Oh! el recuerdo de la primera salida! su madre empapada en lágrimas, colmándole de bendiciones, dándole mil consejos, en medio de ternezas que le partían el alma; después, él desprendiéndose de sus brazos amorosos, de su caliente pecho, para ir á caer por allá muy lejos: tan lejos que su corazón se transformaría por la indiferencia al hogar. Su padre, severo, dándole un abrazo, diciéndole adiós sin poder articular una sola palabra; para poder ocultar la suprema angustia: la angustia del deber cumplido con el sacrificio del más grande y poderoso de los egoismos. Sus hermanos pequeños abriendo desmesuradamente los ojos, asorados y sin comprender la escena de ternura y de dolor. Y luego el tren: llanuras, cerros, polvo; todo ensombrecido por la tristeza de la partida. Cuando llegó á la capital, ni la decantada alegría, ni las famosas bellezas; mucha gente, muchas casas, muchos jardines, mucho ruido; pero grande, infinitamente grande, era la soledad que acompañaba su alma entristecida. Y pasó un mes, y luego otro, y un año; y, sin sentirlo, su vida se deslizaba tranquila en una

casa de asistencia para seminaristas, al lado de su viejo paisano don Homobono, sin darse cuenta del inmenso fastidio que se cernía sobre aquella casa monacal donde á todos se les sometía á un régimen inflexible. A las cinco de la mañana, todo el mundo en pie, en seguida, á la misa de Santa Mónica, luego á desayunarse, después á estudiar. A la una en punto la mesa estaba servida. De siete á ocho de la noche, todos juntos á darse una vueltecita por el Portal, ó á sentarse en el atrio del Sagrario si había serenata; y luego á dormir. Allí no se conversaba mas que sobre los sermones de *mi maistro* Fulano ó de *mi maistro* Zutano; se discutían los errores del dia desmenuzándolos con citas de los Santos Padres y de las Escrituras Sagradas; todo espolvoreado con la sal de los chistes que don Homobono menudeaba y que, con calor, aplaudía su esposa doña Resurrección: aguda hembra que terciaba valientemente en la más empingorotada de las discuciones.

Qué tipos tan repelentes le parecian aquellos cuervos, siempre adorando á Dios y siempre comiendo, caritativamente, masones, protestantes y herejes, cuando volvió, después de sus primeras vacaciones, con la alegría fresca de la vida al aire libre, después

de dos meses de placeres, con el recuerdo vivo de sus paseos campestres, mimado de sus padres, agasajado por sus guapas amigas, y con los ojos, clavados en el corazón, de una coquetuela que le había enloquecido con sus encantos. Hasta entonces sintió la insoportable rutina de la casa. Era invariablemente la misma conversación á la hora de comer: como siempre, á la cabecera, se sentaba el obeso D. Homobono, rasurado como fraile y de riguroso traje negro, en el extremo opuesto, doña Resurrección, delgada y tiesa como cuerda de contrabajo, la faz ajada y marchita, las líneas bruscas y duras de un indeciso sexo. Aquel matrimonio estéril, gracias á la comunión de ideas, mantenía fresco el amor y devoción de sus primeros dias, y se refugiaba, al rigor de un acetismo más neurótico que piadoso, después de treinta años de esperar bajo el más ingrato fastidio. A los lados, y por orden de superioridad en el colegio, se sentaban los demás seminaristas: abotagados de teología, que veían con desdén compasivo á aquel chicuelo estudiante del Liceo de Varones. No había mas de un toque de luz en aquel cuadro sombrío: Marcelina, una chica rolliza y encarnada como una manzana, frizando en los dieciseis;

huérfana recogida desde pequeña y que formaba toda la servidumbre. Se servía el caldo; don Homobono se levantaba gravemente de su asiento y en humilde actitud bendecía la mesa; empezaba un mascullar velado y triste; á poco un seminarista se animaba al calor de la sopa vaporizante y la conversación encarnaba la forma difusa é ininteligible de sus cuestiones metafísicas: ¡valientes cerebros si se entendieran á sí propios! En tanto Pancho se fastidiaba. Lo peor fue el día que descubrió las presuntuosidades y la inaudita facilidad para tergiversar hechos y formar opiniones tonantes como un anatema; asentar conclusiones sobre un dechado de mentirijillas. Acababa de leer un hecho histórico que, más ó menos, debió profundizar, encargado como fue de presentar disertación sobre aquel punto, y quiso la casualidad, que se tocara, incidentalmente traido á conversación. Oyólo tan falazmente relatado, con tan odiosa malicia desfigurado, que al concepto de presuntuosos que tenía de aquellos grajos, le agregó el de ignorantes y malévolos. Empezó por odiar y, y más tarde por despreciar, á aquellos pompas de presunción y de ciencia, á aquellos hipócritas que alababan á Dios á cada instante para de-

vorar al prójimo santamente. Llegó un dia en que no pudo tolerar más y escribió á su padre, rogándole que lo sacara de aquella casa. El anciano, prudentemente lo detenía, pensando en los graves peligros que corre la juventud inexperta sin la vigilancia directa de persona de conciencia y seso; pero un acontecimiento imprevisto vino á determinar la realización de los deseos del estudiante. Cada mes, indefectiblemente, debían concurrir todos los varones de la casa al retiro de Analco: un día consagrado á la oración. Y fue necesaria toda la astucia de Pancho para conseguir que aquella vez se le eximiera, aunque muy á regañadientes, de hacerlo; bajo el pretexto de que había reconocimientos en el Liceo y porque de no concurrir á ellos perdería el año de estudios. La verdad era que se había prendado de la muchacha y que habían concertado verse ese dia á la hora en que doña Resurrección se fuera á la visita del Santísimo. La vieja habría dejado de ser doña Resurrección, si se le hubieran escapado las platónicas ternezas de los chicos; y aun es de creerse que aprovechaba la ocasión de tener el gran pretexto para lanzar de su casa á aquel estudiante antipático, como que no era del seminario y que, al decir

de ella, pronto sería un masón que es en lo que viene á parar toda la juventud educada en esos malditos establecimientos del Gobierno! Sea de ello lo que fuere, á la hora acostumbrada, la sombra de doña Resurrección dejó la casa. Pancho atizbaba desde el tendajón de la esquina, y no bien dobló calle su casera, cuando él, ansioso, se coló á la casa.

Los chicos se besaban lindamente y gorgeaban, alegres y parlanchines, como pájaros escapados de la jaula, no sintiendo, en su natural imprevisión, al gato que les acechaba..... Temblorosa, trágicamente airada, presentóse de improviso la híbrida figura de la señora.....

Esa misma noche, D. Homobono escribía al padre de Pancho larga carta en que vertía todo un tratado de moral, materia en que el pupilo no parecía muy aprovechado: «No puedo continuar, por consecuencia lógicamente sacada de mis anteriores premisas, dando alojamiento al joven D. Francisco. Item más: desde hace algún tiempo he observado (en cumplimiento de los sagrados deberes impuestos por nuestra Santa Religión) que empieza á extraviarse con las funestas ideas del siglo. ¡Qué tristeza, mi se-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
5372 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
...ado 1625 MONTERREY, MEXICO

ñor! ¡Qué tristeza para un padre que ha puesto todo su amor en un hijo á quien de nada le serviría conquistar los tesoros y reinos todos del mundo si pierde la fe! ¡Qué amargura! Añada Ud. esto al escándalo con que de repente nos suelta sus blasfemias! ¡El escándalo, señor! ¡el escándalo que es el mayor de los pecados! El Espíritu Santo ha dicho: «*Et quisquis scandalisaverit unum exhis pusellis credentibus in me, bonum est ei magis circundaretur mola asinaria collo ejus et in mare miseretur.*»

«Verá por tanto, señor mío, que no carecía de razón cuando me negaba á recibir al señor su hijo; pues aunque la penuria de mis recursos me obliga á asistir estudiantes, siempre han sido mis predilecciones por los de Sagrada Teología, con los cuales, gracias sean dadas á su Divina Magestad, siempre estoy muy contento.....»

El pobre padre de Pancho se entristeció más que con la conducta del chico, que encontraba menos mala de lo que al intransigente don Homobono le parecía, por tener que colocarlo en alguna casa peligrosa, tal vez todas lo eran; pero ya un joven médico recientemente llegado al lugar, le había recomendado la casa de asistencia de donde él

acababa de salir. ¡Oh! no se apure Ud., le había dicho, mande al joven á la casa de Cuca Samaniego. ¿Cree Ud. que porque son beatos cuidan de la educación? ¡Bah! si Ud. supiera los vicios que en esos centros dominan, se espantaría! ¡Es la peor gente que hay en el mundo! Mándelo Ud. allá; yo no le garantizo que el chico resulte un ángel, pero tampoco será un gazmoño.

Entonces, Pancho cayó en un medio enteramente diverso; aquel si que fue su centro. La casa de doña Cuca era la antítesis de la de D. Homobono. A nadie se le preguntaba de donde venía ni á donde iba. La mesada puntual y haga Ud. lo que se le ocurra.

El día en que se presentó Pancho con una carta para la señora doña Refugio Samaniego, una joven guapa, de ojos y cabellos negros, de piel apiñonada, lo recibió pasándolo á la sala. Vestía una falda negra primorosamente ajustada, espumosa blusa de gasa, en blancos torbellinos se levantaba del cinturón hacia un cuello redondo y terso como un pétalo de rosa-thé. Sobre el pecho llevaba prendido un pensamiento morado. Pancho se volvió un estúpido y no supo ni hablar; María Luisa pensó: «este es de los mios.»

Y María Luisa empezó, ó mas bien dicho,

continuó el divertido juego de tener novio para caer de improviso cogida en la red. Y Pancho empezó á amar con un amor frenético, para acabar en el juego divertido de tener novia.....

Y se debatía sudoroso, ardiendo entre las sábanas, presa de la excitación nerviosa llevada á su más alto grado, por la evocación de todos los recuerdos de su vida de estudiante; hasta que agotado cayó dormido, inerte como una piedra, bajo la depresión umbrosa de un día tormentoso, y de una noche de insomnio.

Cuando despertó, eran las diez de la mañana.

V.

Menuda llovizna había humedecido la atmósfera, y aquella tarde de junio resultaba peor de pesada y sofocante. Al entrar á las callejuelas de la Alameda, se sentía un bienestar inmenso. Como si se saliera de una hornaza, asi se abandonaba el hálito abrazador de las calles; y á medida que se penetraba más y más entre los añosos árboles, ricos de follaje y de sombra, la frescura del césped, de los arbustos, y del viento embalsamado de aromas, se infiltraban produciendo una voluptuosa languidez. Al borde de los prados convertidos en montículos de flores, se levantaban corpulentos fresnos; y una corriente de agua turbia se desparramaba por sobre el zacate, bañando los tallos de las plantas. Un soplo de aire fresco se desprendía de todas partes: de los rosa-

les de castilla, de las violetas, de los aromageles, de los zacatales: todo un perfume enervante de hierba y de tierra mojada. Y la frescura era mayor á medida que se internaba más, los árboles más grandes, el follaje más nutrido.

Hacia el oriente, está limitada la Alameda por un sucio canalón de aguas negruzcas, que corren ocultándose entre algas y bajo encorbados eucaliptos. Más allá, se ven terrenos grises, cenicientos, de tierra abierta y removida para la próxima siembra. Destácase no lejos, una fábrica de cerveza, con sus paredes acanteradas, sus altas chimeneas y sus pararrayos deslumbrantes; y allá, remotamente, en el fondo azulado de los cerros, blanquean humildes casuchas.

Hacia el ángulo noroeste, cerca de unas, paredes terrosas sobre las que asoman las copas de los árboles de una quinta, el follaje es de incomparable exhuberancia; y ahí es donde, tarde por tarde, se encuentran como perdidas, parejas de enamorados que huyen de la curiosidad de los transeuntes.

Eran las seis de la tarde. Multitud de elegantes carruajes rodaban por la ancha calle que circunda la Alameda; bicicletistas intrépidos se lanzan por las callejuelas, describiendo curvas rápidas, y sonando hasta el fastidio el timbre; las muchachas, á hurtadillas, cortaban los floripondios de invertidas corolas aceradas; chiquitines retozando alegremente corrían tras las mariposas, que parpadeaban sobre los rosales, sobre los belenes, y como manchas de morado terciopelo, sobre el césped esmeralda.

Lisa, con paso rápido atravesó la glorieta central, mirando á todas partes, y presa de agitación muy viva siguió por una callejuela recta, hasta perderse hacia el ángulo noroeste, entre la apretada fila de árboles. Ya en la soledad, su paso fue más seguro, se dirigió á un rincón donde la yerba le cubría la mitad de la falda, paróse y volvió la cabeza en distintas direcciones como buscando á alguien. No tardó mucho en descubrir á Pancho que, no lejos de ella, se levantaba á su encuentro Cuando le vió, la opresión de su pecho fue intensa; con su cerebro abrumado, sus piernas vacilantes, no pudo sostenerse más, y ahí mismo cayó en los brazos de su amante.

La emoción de ambos era tan grande que, largos minutos, permanecieron mudos, cojidos estrechamente de las manos.

Lisa, al fin, interrumpió aquel silencio em-

briagador, y con voz casi ahogada exclamó:

—Tengo miedo..... Me vió Juana....

—Y eso ¿qué importa?—replicó sorprendido Pancho—No eres acaso mia y sólo mia, ¿Qué se nos da entonces con que ella y todo el mundo te vea?

—Si, pero.....

—¿Pero qué?.... No me vas á cumplir tu palabra?

—¡Oh! ¡no seas cruel! Bien sabes que te amo con toda mi alma.

Cruzáronse una mirada rápida y ardiente; del momento supremo de mutua enagenación en que de antemano sus almas se habían fundido en una sola. Ella bajó los ojos avergonzada, él la veía transfigurada é irradiante de belleza; ¡más hermosa que nunca! Momento supremo y único de aquel amor: jamás la adoraría como en ese supremo instante de su vida.

El sol se ocultaba por la arboleda hacia el poniente y, sólo allá en lo alto de la fábrica de cerveza, aparecía avivando el color acanterado de las paredes, y tiñendo como lengüetas de lumbre las vidrieras de las ventanillas. En las cumbres de los cerros, aparecía todavía blanqueando los contornos ondulosos; mientras que la tierra arada volvíase más plomiza, más oscura y más triste. Blancas nubecillas revolvíanse en un cielo azul pálido. Del suelo se desprendía un olor de frescura y de fecundidad.....

Y pasó la tarde, y cesó en los árboles el salto contínuo é incesante parloteo de los avichuelos buscando albergue; las luciérnegas empezaron á brillar como chispas diamantinas.....

La gris melancolía se fundió en la oscuridad solemne.....

—Nos vamos ya, Luisa, — dijo Pancho, intentando levantarla cariñosamente.

—¡Oh no!.. .hay mucha luz todavía.... no...nos'ven....¡Por Dios, Pancho!, ¡tengo miedo!

—No temas Lisa mia, mira, aquí es muy cerca....nuestra casita....¡Oh! un nidito delicioso.....

Lisa temblaba; y un calosfrío recorría todo su cuerpo. Se colgó del brazo de Pancho automáticamente y le siguió; pero cuando él abría la puerta de su nueva casa, ella se trasformaba en un inesperado rapto de voluntad y de energía, y, súbitamente, se desprendió del brazo de Pancho, y rechazándolo, exclamó:

—¡Yo no entro! —Y como quien huye de

un gran peligro, rápida escapó.....

Pancho, que no esperaba semejante desenlace, quedóse alelado viendo aquel bulto que se perdía luego en la obscuridad.

¡Valiente aventura!, se dijo mordiéndose los labios y lleno de ira, sintiéndose en el colmo del ridículo, ahí parado esperando á nadie. Con paso pesado é indecizo, por fin, se retiró de ahí.

De pronto se encontró en el barrio turbulento de San Juan de Dios. ¡Valiente hazaña!, repetía, ¡me he lucido! Dos mesadas adelantadas por el cuartucho aquel, en medio de la más repugnante vecindad: sucias molenderas, mujeres sospechosas, clandestinas toleradas, rateros turbulentos, y en fin: todo un mundo de rapiña, de ebriedad, y de inmundicia. Y aquello no tenía remedio. A la fondera de la esquina le adelantó el valor de comida, para dos personas, por dos meses; lo demás lo había gastado en unas cuantas sillas, trastos de cocina y minuciosidades absolutamente necesarias para levantar su rudimentario hogar.

Furioso, moviendo nerviosamente las manos y la cara, pronunciando las más feroces palabrotas que le venían á mientes, atravesó calles que jamás había pisado.

Sonaron las doce, y él, aun no cesaba de andar sin salir del barrio escandaloso.

A la luz de los focos eléctricos, aparecían las casas de asignación profusamente iluminadas; vistosos cortinajes, muebles presuntuosos, enormes espejos, vestidos vaporosos y alegres, muchachas rozagantes y frescas, caras de falso color desvanecido por el alumbrado artificial y entre ellas, elegantes abotagados, rojos de alcohol y de excesos, levitas manchadas de tierra y de vino. Y todo aquel hacinamiento de mercancía palpitante, con sus pretenciones de refinado gusto, de elegancia, de placer desbordante, no podía menos de hacer resaltar las casuchas nauseabundas de la vecindad; como el olor aguardentoso no podía extinguirse con el de los perfumes exitantes.

Después se metió en callejones obscuros donde, entre confusión de gritos y carcajadas, en medio de canciones populares de roncas gargantas averiadas, se oía la desesperante monotonía de los «*cilindros.*» Ahí le asaltaban mujeres ebrias ofreciéndole amor á cambio de cualquier moneda.

Y cuando, por fin, se resignó á volver á su albergue, pues que no le quedaba ni un centavo para ir á dormir á otra parte, lle-

vaba en la cabeza el barullo abrumador de aquel barrio, respiradero ruidoso é incesante del vicio. Su corazón sintióse aligerado, cuando pensó que si lo hubiera seguido María Luisa, tarde ó temprano la infortunada habría ido á caer allí.

Ya llegando se buscó la llave de la puerta, y, ¡oh sorpresa y gran desgracia!, no llevaba nada. Y registró con ansiedad un bolsillo, y otro, y otro, y los volvió al revez.... No había duda, la llave se había perdido.

¡Qué fatalidad!, pensó. Indudablemente la he tirado de la bolsa. Y qué hacer? echarse á buscarla y á esas horas, por las calles por donde había vagado la mitad de la noche? ¡Aquello sí que era el colmo de la desgracia! Y quiso arrancarse los cabellos, en su desesperante situación. Eso era lo que le faltaba para completar la feliz y deliciosa noche que había soñado, nada más que ahora su cama tornábase por el césped fresco de la Alameda, y su techo por la hermosísima bóveda celeste de aquella noche primaveral. Tuvo un acceso de ira, y, por un momento, sintió sus mejillas bañadas de lágrimas. Y pensó entonces en los olvidados consejos de su madre; sintió cenizas que se removían y que le caldeaban el alma ¡qué!

¿era, pues, cierto que Dios castiga las malas obras y los malos pensamientos?.....

Al llegar á su casa dió un paso atrás, estupefacto: había luz dentro. ¿Quién podía ser? Perplejo y asustado iba á optar por el camino más prudente: retirarse y volver hasta otro día. Quizá algunos cacos, de los mismos vecinos, aprovechaban la facilísima oportunidad de proveerse de algunos objetos de menaje. Y ya había vuelto la espalda, cuando oyó que abrían la puerta. Volvió la cara automáticamente, y su sorpresa fue mayor aún, cuando vió á María Luisa salir y dirijirse á él. Se echaron, sin explicaciones, en brazos una del otro, y entre caricias efusivas penetraron al cuarto.

María Luisa llevaba los ojos llenos de lágrimas y un pañuelo en la cabeza manchado de sangre húmeda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

En el momento en que Pancho puso la llave sobre la cerradura, Lisa sintió la más violenta impresión; en ese instante, con la rapidez de un sueño y con la claridad de un relámpago, apareció en su conciencia, lúcida, la imagen de su madre, de la pobre viejecita abandonada por su hija, por el único ser en el mundo que podría tenderle la mano en su senectud; ya cuando le faltaban las fuerzas para seguir trabajando; arrojada quizás á un hospital á extinguirse en la tristeza de los olvidados. Y huyendo del hombre adorado como corza asustadiza corrió, corrió hasta encontrar el calor del hogar: el único calor que no hace daño.

Mas habíase olvidado de que la tía Juana la encontró á buena distancia para reconocerla, y no pensó en que su madre pudiera saber ya su falta.

En efecto, la tía en sus callejeos de loca incansable, creyó reconocer á Lisa, á una hora ya mucho después de la de entrada al taller, pero dudando de sus propios ojos para serciorarse plenamente, so pretexto de comprar unos calcetines, entró al establecimiento y no le fue difícil llegar al puesto mismo donde trabajaba Lisa. Con mucho disimulo, preguntó si ese dia no había concurrido su sobrina, y cuando estuvo segura de ello, apresuradamente se volvió á su casa.

Anhelante, dando grandes sancadas, mostrando destapados los cortes de los gruesos zapatos, desechos de los estudiantes, y dejando ver las más inmundas uñas, se lanzó frenética á su casa, dichosa de poder aplastar á doña Cuca una vez más; ahogándose, subió la escalera, y comiéndose la mitad de las palabras, la frente chorreante de sudor, los cabellos más desordenados que nunca, enredada en el verdoso tápalo, entró gritando:

—¡Ya ves Cuca!, ¡ya ves!: lo que yo te decía: ¡María Luisa no va al taller!, ¡María Luisa no esta allí..... De allí vengo, he ido á comprarle unos calcetines al padre Torres, se me ocurre preguntar por ella y me dicen que aun no llega. Y ¿tú crees vieja

imbécil, que es la primera que hace? ¡Te lo dije!, ¡te lo dije!: tu hija te deshonra, y tú ¡animal! muy confiada en ella Pero que te estoy diciendo. Si tu hija vale mucho más que la necia de tu prima.

—¿Cómo? ¿María Luisa no ha ido al taller?

La pobre mujer no podía hablar anonadada, no podía preguntar más.

La antigua soldadera, mientras tanto, estaba radiante de felicidad y se desbordaba en un torrente de injurias escapadas á borbotones de su boca inmunda.

Doña Refugio cayó convulsivamente en una silla, presa de un acceso histérico.

Cuando dieron las ocho entró Lisa. Doña Cuca se quedó atónita por un momento, pero la indignación nubló sus ojos, y sin esperar explicaciones, sin oir una palabra, creyendo ya pública la deshonra de su hija, y á ella en el más indigno puesto, sin que le importara la presencia de los estudiantes que cenaban, se levantó y tiró á Lisa de un golpe terrible. La muchacha cayó sobre una silla que le abrió la frente. Indignada, pero sin proferir una queja ni una exclamación, se levantó. Su cara se empurpuraba más que por la sangre que escurría de la herida por la vergüenza y el escarnio; y, con los sollozos ahogados

en el corazón, salió entre las maldiciones de su madre y la estupefacción de sus amigos.

Lisa iba resuelta; ya no lloró. El dolor que la había hecho escapar de los brazos de su amante no existía ya; el remordimiento de haber abandonado á su madre acababa de extinguirse; le había pegado, le había herido, le había maldecido, la manchó prematuramente. Y salió con el corazón desahogado; la sangre que se escapaba de su cuerpo, aligeraba su alma. En los brazos de Pancho estaba la realización del amor único de su vida. En la fidelidad al hogar la amargura de una existencia envenenada ya para siempre.

Y Lisa cayó hermosa y grande: en plena lucha y con el corazón partido.

VII.

Jesús se acercó cautelosamente á la ventana, dió tres golpecitos y tosió. La luz que á través de las rendijas se veía, extinguióse en el mismo momento en que él se asomaba.

—Quizá no haya sido ella—se dijo; y pausadamente con toda tranquilidad, encendió un cigarro y se puso á dar vueltas frente á la casa de su novia, esperando que abriera, pues eran las nueve: hora de *reja*.

Dieron el cuarto, y la casa permanecía sin ruido alguno, la alcoba silenciosa y obscura. Volvió otra vez á la ventana, y repitió la tocesilla lo mismo que los golpes ligeros.

—Es raro,—pensó—es más puntual que yo: más me dilato en dar la señal que ella en abrir. Debe haber ocurrido algo.

A medida que transcurrían los minutos sus pasos volvíanse irregulares, descompasados

y nerviosos. Cuando dió la media su faz se ensombreció perdiendo en un instante su habitual humor bello y alegre.

¡Oh! era necesario dar una lección á esa niña que por primera vez se permitía darle un *plantón*. Si él lo toleraba ahora, ya tendría para divertirse en lo sucesivo. ¡Bah! como si no supiera quienes son las mujeres! Y le vino una idea: retirarse de allí, no volver en dos dias, en cuatro dias, ó en una semana ¡caramba! ¡Que ella sienta todo el peso de su falta y no le quede más gana de repetirla!

Pero en lugar de llevar á cabo tan feliz determinación, el buen chico como buen enamorado pensaba una cosa y hacía la contraria, no se movió de su sitio y como esculpido en la pared permaneció con los ojos fijos en la ventana, esperando á cada instante verla abierta. Bien es cierto, que una corriente inversa de nuevas reflexiones convertíalo en prudente. ¿No era en efecto violentarse demasiado, cortando asi de repente con su novia, en vez de esperar á que la niña saliera á la hora que se le antojara, y entonces hechas las explicaciones del caso, si á ello se veía obligado, decirle *cuantas son cinco*.

Porque bien vistas las cosas, era posible

que alguna visita, ocupación urgente, asunto grave de familia, etc. la retuviera. Sin embargo, no se explicaba muy claro aquello de que en el momento en que él llegó é hizo la señal, como por encanto la luz de la alcoba se extinguió. ¡Ah! no era posible engañarse. Esther lo tenía allí plantado con toda una maligna intención. De no ser asi, aun sin abrir la ventana, ella que indiscutiblemente estaba en su pieza cuando él llegó, pudo haberle dicho «espera un momento.»

Jesús se irguió soberbio, arregló su sombrero, se abotonó el saco y..... tampoco en esta vez se marchó; no parecía sino que la esquina lo atraía con fuerza irresistible y lo clavaba como un poste.

Jesús era un muchacho pálido, de mejillas marchitas, mirada lánguida y de constitución endeble. No correspondía su físico á su espíritu ardiente y exaltado. De carácter franco, alegre y bromista, corazón siempre abierto, conservaba un dejo en el gesto, que hacía recordar las maneras de su pueblo en la costa; era bien querido de los estudiantes, y siempre había vivido entre ellos en casas de asistencia. Simpatizaba cordialmente, con Pancho sobre todo, dadas sus mutuas afinidades de ideales y su entusiasmo por el

sexo débil. Ligero y veleidoso, en un rapto de entusiasmo, se había prendado de Esther, una joven chihuahuense recientemente llegada á la ciudad. Esas relaciones se habían efectuado de la manera más sencilla y rápida. Una tarde calurosa de abríl, Jesús se paseaba por su habitación, huyendo al peligro inminente de tirarse en la cama y quedarse dormido sin concurrir á la oficina donde trabajaba como ayudante del tenedor de libros, encorbado diariamente frente á un escritorio, abriendo amplio camino á una tuberculosis prematura. Una pesada y ruidosa *diligencia* se detuvo frente á la casa. Jesús corrió al balcón. Descendía una señora de edad madura, simpática y elegante, tras ella saltaron ligeras tres jóvenes, la más chica ya casadera, y la mayor muy confortable aún; después bajaron á un rollizo chiquitín profundamente dormido.

—¡Qué guapas!—se dijo Jesús, sintiendo su pecho dilatarse con alborozo, en previsión de próximas conquistas—¡Ah! ¡qué vecinitas tan lindas voy á tener!—repetía regocijado. Y no fue de en valde tan anticipado entusiasmo; una de las niñas, la más alta, aprisionada en largo saco de holanda que ocultaba su esbeltez, apenas hubo entrado á la casa, abrió

una ventana, y con aire vivaracho empezó á reconocer el vecindario. En tal situación se encontraron los ojos de la niña con los de Jesús que ya palpitaba de tierna emoción.

Y ¡vaya si estaba graciosa la nueva vecinita!: sus cabellos rubios un poco desordenados en la frente, se apretaban en grueso y flojo nudo en una nuca delgada y nerviosa; sus ojos de un café claro eran una caricia. Sin una linea sóla que turbara la pureza del perfil, sin una sombra que alterara la blancura nácar de su frente y de sus frescos carrillos, parecía una virgen bisantina.

No se encontraron mal sus miradas, pues á la primera pronto siguió la segunda, y después de esta fueron incontables. Esther, que era la joven recién llegada, salía bajo el más fútil pretexto á la puerta, ya se asomaba á una ventana, ya á la otra; y con el aire más natural del mundo, á los pocos minutos, ya sin ambajes ni rodeos, fulminaba con sus ojos al infeliz de Jesús que se había vuelto un bloque en el balcón, recibiendo la ardiente reverberación de un sol que derretía.

Así se pasó la tarde sin acordarse del escritorio, ni de él mismo. Cuando obscureció y que ya era indispensable retirarse de ahí, despertó como del más hermoso sueño y con

la convicción profunda de que ni él había nacido para amar sino á su recién llegada novia, ni ella podría amar á otro que á él. Y cuando Pancho llegó, le contó las grandes novedades, con alegría rayana en locura; y habría brincado, bailado y maromeado, si el estrecho local se lo hubiera permitido.

Al día siguiente, los muchachos se entendieron, y las ilusiones tornáronse en vías de hecho. Sin gran trabajo consiguió entrar á la casa de su vecinita. La mamá era la más amabilísima suegra que se puede imaginar: en cuanto se había impuesto de que el oportuno pretendiente no era estudiante y de que además del empleo, con sueldo regular, poseía algunos bienes de fortuna, convirtióse en un ángel de bondad auténtico. ¡Magnífica mamá que llevaba consigo un pilluelo de tres años, atrapado por una de las niñas, sabe Dios en donde!

Como es de suponerse pronto las mesadas de Jesús se invirtieron en obsequios á tan cariñosa familia. Esther, con el corazón en libertad, un corazoncito que la nieve del norte había congelado, se dejaba amar, contenta y satisfecha de que á su novio le extasiaran sus ojos claros, sus menudos y blancos dientecillos, su nariz afilada de serafín y su

color acerado y transparente. Por otra parte, para Esther el amor de Jesús tenía un encanto: la novedad. Nacido en el fondo de las vírgenes florestas de la costa, algo llevaba en su alma de los ardores del trópico; era impetuoso y tenía momentos de entusiasmo loco, no obstante su engañador aspecto de linfático. Algunas veces tenía arrebatos que causaban miedo. La tomaba estrechamente entre sus brazos y frenético la besaba hasta causarle dolor. A esos raptos amorosos seguíales periodos largos de tal depresión y desencanto, que Esther temió que su novio descubriera al fin, que era un impotente para fundirla á ella: un bibelot de mármol.

Dos meses llevaban las chihuahuenses en su nuevo domicilio. Habíase tornado el humilde local de la calle de Belén por una bonita casa en la del Carmen, gracias á la repentina protección de un don Pedro, viejo comerciante en ropa, dueño de casa en los Portales, solterón empedernido, mujeriego impenitente y de reputación no muy limpia. Y era esta la razón principal por la que Jesús había preferido venir á platicar con su novia por la ventana, evitándose asi el encuentro con el viejo que ya se había convertido en miembro de la familia, que lo

veía con el más alto desdén y que, por de contauo, le era profundamente antipático. Lo peor de todo era que Jesús había dado y tomado en que don Pedro, á quien pretendía, era á Esther. Y con tal motivo no eran pocos los altercados á últimas fechas; por más que Esther hacía prodigios de elocuencia para convencer á aquel chico testarudo, de que la conducta de mamá é hijas con tan distinguido personaje no podía ser otra que la que la decencia y buenas maneras imponen en la vida de la sociedad.

El amor propio de Jesús estaba, pues, grandemente interesado. Y era suficiente la sospecha de que el viejo, sólo por rico, pudiera quitarle la novia á él joven y guapo, disputado no poco por las muchachas—al menos él lo creía—para que hubiera esperado no una hora sino días enteros hasta obtener la explicación ansiosamente deseada.

Al fin se abrió la ventana, y Jesús, como movido por un resorte, se disparó sobre ella ciego de ira.

Esther aparecía envuelta en un ancho chal de lana azul que hacía resaltar la blanca palidez de su cara. Una sonrisa bondadosa y la tranquilidad de su semblante la tornaban en un ángel de inocencia. Ingenuamente

tendió sus blancos y delgados dedos á Jesús que, áspero, se negó á tomarlos.

—¡Qué bien lo has hecho!—dijo con voz apagada y trémula— ¡Admirablemente! Cuentas, sin duda, con que tienes un mentecato á quien puedes hacer rabiar á tu gusto. ¿Verdad? Y bien, no quiero explicaciones: tus hechos me bastan. Soy un necio y un fastidioso; te estoy dando la *gran lata*, verdad? Pues entonces ¿á qué vienen estos rodeos?; ¿por que no me hablas claro? Estorbo, ya lo he visto.

—¡Válgame! Jesús, ¿qué te pasa? vienes hecho una fiera. Lindo, ¡por Dios!, me das miedo con esos modos, te lo aseguro.

—Acabemos de una vez, Esther. Te suplico.....

—Pero si ni ha sido tanto lo que me he dilatado.

—No, no ha sido tanto, mira, apenas las diez y media.....cualquier cosa para un mansurrón que sabe aguantarse ¿verdad?—replicó mostrándole el reloj á la luz del foco eléctrico.

—Calla, Jesusito. Fue cualquier cosa; una fórmula social.. ...nada serio

—Ignoro que objeto te propones humillándome de esta manera.

—Pero si yo no.....

—No me creas tan imbécil. Si no te conviene....digo si ya no quieres....pues clarito, hablando se entienden las cosas. Te aseguro que ni el mundo tiembla ni resucitan los muertos. Conque tú lo sabes.

La inalterabilidad de Esther contrastaba con la tremenda exitación de Jesús; y mientras aquella se gozaba en su maligna broma, éste se ardía y estaba á punto de descender á la grosería. En el semblante de Esther no se había descompuesto una sola de sus lineas suaves; sus ojos claros, con igual expresión á la que, en ocasiones distintas, conservaban al recibir el torrente de miradas ardientemente apasionadas.

—Te digo que te estás haciendo muy tonto. ¡Por Dios!, niño, que no ha sido mas que una ocupación cualquiera.

—Bien, terminemos de una vez, ¿qué fue lo que te ha obligado á burlarte de mí.

—¡Y dale, Chulo! Ve moderándote. ¡Dios mio!, con ese genio salvaje nadie te va á aguantar. Eso no está bien, Jesús. Tú, un muchacho de educación. Ya te lo digo, fue cualquier cosa, casi nada.

—Peor está tu disculpa, porque si eso no fue nada, y valía más que yo.....

—Una fórmula social, te lo repito.

—No te entiendo.

—Pues vienes muy torpe.

—Tan torpe que me voy en el acto. Te suplico me envies mis cosas con la persona que mañana mismo te traerá lo tuyo.

—¡Bah! espera primero que te diga en qué me entretuve: mas has de prometerme ser un muchacho juicioso.

Esther permanecía impasible, en su mirada no había ni una nube: pura y transparente como un lago.

—Dímelo, si gustas, pero te ruego que sea pronto.

—Bien, pero primero prométeme quietud.

—Esther, yo no soy burla de nadie.

La mirada de Jesús fué tan intensa como una brasa, y apenas si, en ese instante, una momentánea turbación hizo extremecer á Esther. La muchacha tragó saliva y, valiente, le espetó lo mejor que le tenía.

—¡Oh, hijo! si me burlara de tí ya te habría tomado la palabra. Me has dado calabazas, pero no te las recibo porque en este momento tú te has vuelto mas calabaza aún. Conque mira, me entretuve porque D. Pedro estaba en la sala. Mamá ni las muchachas están en casa; comprende que habría sido una

falta incalificable haberlo dejado solo.

Jesús sintió estallar el corazón, pero una sonora risa de Esther, que ahora le tomaba con fuerza las manos impidiéndole desprenderse, lo desconcertó al principio, haciéndole comprender al fin, que todo no era mas que una broma.

—De todos modos,—dijo,—tú te has burlado de mí.

—Si, ¿verdad? ¿verdad que es muy desagradable que le den á uno un plantón de dos horas como el que anoche me dió usted, señor pillo, indecente, desmemoriado; y todo por preferencia á sus reuniones con amigos borrachines? ¿Eso si está admirablemente hecho?

Y ahí quedó todo, al repiqueteo de sonoros besos, á los que los curiosos de la vecindad estaban acostumbrados, se celebraron las paces, y los novios siguieron contentísimos.

¿Sabes la gran novedad?—dijo Jesús—Lisa se ha escapado hoy con Pancho,

—Lisa, ¿cómo? ¿cuando?

Esther sintió su corazón rebozante de júbilo. Detestaba á su antigua vecina por un desaire que les había hecho á ella y á toda su familia. Recientemente llegadas á la ciudad, les pareció conveniente enviar reca-

dos ofreciendo su amistad á algunos vecinos y entre estos á la casa de Lisa. Y, ¡vaya con la majadera! Si al menos lo que pensaba se lo hubiera comido, nada importaría: se pagarían en la misma moneda; pero decir delante de su mismo criado: «para mí las chihuahuenses no son mas de unas de tantas» era una cobardía y una infamia.

Esther regocijada profundamente, se despidió de Jesús, y se metió pensando en una venganza.

Apagó la vela, entrecerró los ojos, hundiendo su rubia cabecita entre las blandas almohadas.

«Conque Lisa se ha huido con el novio. ¡Bah! y esa es la mogigata que se burló de nosotras. Merecido lo tuvimos por tontas al no haber descubierto desde luego la clase de gentecilla que son. María Luisa ha dicho que somos unas de tantas; pero María Luisa no es todo el mundo, y todo el mundo si dice: María Luisa es una medierilla.....una medierilla que se ha escapado con un zascandil, ja...ja...ja....ja. Ahora verás como me vengo. Tú has conquistado á Pancho, y no es él, sino tú quien ha hecho ese rapto. Eso es claro como la luz. Estás vieja y tienes miedo que se te pase la edad sin tener un

barbilindo. Vas á aburrirlo en un momento. Yo esperaré la oportunidad: te quito el amante y, cuando hayas rabiado entonces á él también lo despacho en hora mala. Los dos sois iguales y para ambos tengo igual desprecio.»

Y asi, poco á poco sus pensamientos se fueron apagando en un sueño tranquilo y reposado.

A poder ver en aquel momento su semblante, habríase uno admirado de aquellas lineas correctas é inmutables, de aquella faz angelical y pura de una virgen de Boticelli.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

Despues de una mañana brumosa, de incesante lluvia, de fastidio infinito, la tarde se abría diáfana, bajo un cielo transparente y sereno, bañada por un sol tibio é impregnada de frescos aromas estivales. La gente anciosa de luz y de calor, atraida por aquella esplendidez, se desparramaba por las avenidas hacia los paseos públicos, en el bullanguero y alegre alboroto de los dias festivos. En la plaza de armas, una multitud disímbola, en desorden indescriptible, asaltaba los asientos de los tranvías de «El Agua Azul», precipitándose dentro de ellos, en loca confusión.

Nueve coches apretados de gente, tambaleábanse y partían en medio del desconsuelo y algazara de los que no habian alcanzado sitio.

En aquella aglomeración, encontráronse en asientos de frente, Lisa y Pancho en una cabecera del tranvía, y Esther y Jesús en la opuesta. Aunque no era la primera vez que las dos parejas se veian, Lisa sintió vergüenza, y bastante cortada saludó tímidamente á su ex vecina. Esta, apenas si se dignó contestar con imperceptible inclinación de cabeza; pero no disimuló una cariñosa mirada para Pancho. Lisa se empurpuró al desdén de la otra chica que, á mayor abundamiento, iba muy guapa, y elegante.

—¡Uf!—dijo al oido de Pancho,—¡qué orgullosa! ¡Al menos que no se supiera de donde le vienen sus catrinerías! Y, qué lástima de foular tan precioso!, ¡qué desgracia de encajes!: todo para una pobre tabla.

La airada muchacha asestaba el golpe sobre el defecto capital de la espiritual chihuahuense. Pero era necesario toda la perspicacia de una mujer, y todo el odio de una mujer humillada, para adivinar aquella pobreza de morbideces. Esther sabía llevar el traje más elegante con todo el chic de la que de verdad lo es, y ese era su crimen; con la agravante de poseer una maravillosa habilidad para esconder su delgado busto entre los pliegues flotantes de su blusa, entre co-

pos de gasa y encajes, que le acrecentaban su arrogancia.

Con el más alto desdén, Esther fingía haberse olvidado de Lisa, é indiferente, perdía sus miradas á lo lejos, allá sobre las llanuras enverdecidas, sobre los árboles bruñidos por la lluvia, sobre las acanteradas torrecillas de San Pedro surgiendo entre un verdor variado. En tanto Lisa le criticaba con saña, desde los choclos que coquetamente dejaba asomar á la orilla de su falda, hasta el sombrero lila, triste prenda *sin compañero* al decir de la airada muchacha.

Como por casualidad, Esther paseó su mirada por entre la multitud, deteniéndola un momento sobre Lisa, el tiempo precisamente indispensable para examinarla de los pies á la cabeza. Lisa se irguió entonces amenazadora mostrando su cuello moreno, pero lleno y redondo, su pecho estallando de vida y de odio.

El coche se inclinó sobre una curva pronunciada de la via y llegó á la estación de parada. Como un rocío de frescos colores, el césped esmeralda ostentaba los más variados trajes: gasas claras y espumosas, vestidos de alegres luces, ya diseminados como un puñado de confetti, ya en grupos pintorescos á

la sombra de los olmos, ya desfilando, como hormigas multicolores, al borde la presa.

Al detenerse los tranvías, la confusión se reprodujo: las muchachas saltaban con desenvoltura, y al descuido descubrían diminutos y elegantes calzados; alguna humilde en el vestir, se resignaba á virtuoso recogimiento, lanzándose al suelo cual pesado saco de arena. Matronas venerables mostraban sin empacho pantorrillas como botas de vino. Elegantes sin educación habríanse campo á fuerza de codos, y mutuamente se obstruían el paso los que llegaban y los que volvían. Y en medio de la algarabía, del desorden alegre, se percibían apenas los desabridos lamentos de una banda que, en el portalito ejecutaba el miserere del Trovador.

Lisa esperó tranquilamente á que bajara Esther primero. La desprevenida niña saludó con sequedad, pero más seca fue la contestación de Lisa que, con profundo desprecio, sólo levantó la cabeza para clavarle una mirada penetrante y llena de soberbia. Tomó luego el brazo de Pancho, y, ligera, en un brinco se puso en el suelo, contenta ya, y satisfecha de su venganza.

Pancho, que había perdido esta escena, y que pensaba en cosas muy distantes cuando

Lisa se encarnizaba en su crítica maligna, dijo con ingenuidad:

—Qué simpática es Esther ¿verdad?

Lisa se sorprendió,—¿Cómo? ¿simpática? No lo digas, Pancho: Es una coqueta de marca. Me admira que el pobre de Jesús ¡tan bueno que es! se halla dejado atrapar por esa.....

—Cállate, no digas nada, tú quieres juzgar por las hablillas.....

—Pero, mi vida, ¿qué no ves el tipo? ¡bah! si no quieres creérmelo á mí, pregúntaselo á Juana. Ella sabrá contarte quien es la prenda.

—¡Tu tía! ¡Cómo si la infeliz fuera capaz de hablar bien de alguien! Fue soldadera.....lo es y lo será mientras viva....

—¡Pancho!—exclamó Lisa con voz débil. Quiso hablar más, pero no pudo; abrirse otra vez la herida dolorosa que tanto la había hecho sufrir. ¡Oh! si, pensó, ¡no me ama, no me ama ya! Su amante no era aquel exquisito de ingenuidad encantadora, delicado hasta en los más insignificantes detalles, que le velaba el pensamiento, pronto á satisfacerle cuanto capricho se le ocurriera; incapaz de cometer la más ligera falta. Ya era un gruñón como cualquier marido tosco y vulgar.

Poco se le daba hacerla enrojecer á cada instante, ya señalándole algún defecto de ella ó de sus parientes, ya recordándole su impuro origen.

Tomada del brazo de él, atravesaba entre la multitud sin darse cuenta de la belleza de la tarde. Sobre el lago irradiante en destellos argentados, se tendían flotantes algas de un verde cobrizo, los nenúfares en apretados grupos se levantaban en sus combos tallos; un beso de purpúrea luz palpitaba en las ondas temblorosas.

En un recodo de espesura de álamos y sauces se encontraron de nuevo con Jesús y Esthér. Lisa se sintió presa de un desfallecimiento, sus piernas flaquearon vacilantes, sus fuerzas la abandonaban, cuando sorprendió una mirada lujuriosa y cínica, que en su misma cara, Esther lanzara á Pancho.

Cuando se repuso de la inesperada y dolorosa impresión, creyó haber descubierto el origen de sus males, el secreto de su desgracia, y respiró como si el deseo infinito de venganza la hiciera feliz en su dolor supremo. Mas una reflexión apagó su ira, que se tornó en angustia más grande: aquel desafío que le arrojaba la odiada chihuahuense, no era leal; era un latigazo á mansalva y en su

rostro indefenso, Lisa no podía ahora entrar en lucha abierta con su rival; era una derrotada de antemano, puesto que su influencia sobre Pancho se había reducido a la nada. Y sólo el miedo á la última desilución, bastaría para detenerla en una prueba aventurada, casi fatal para ella. Y á su dolor añadía otro mayor: el veneno de los celos se infiltró en su organismo todo nervios, y la sacudió despiadado, como el huracán á un tierno arbusto. El llanto se ahogaba en su pecho, el corazón se debatía fatigado y herido de muerte.

Volvieron á la plaza. Lisa no pronunciaba una palabra, temiendo descubrir la tempestad en que se debatía su alma abandonada. Pancho estuvo entonces tan atento, de tan bello humor, que Lisa acabó de confirmarse en su idea. Sí, asi era de impresionable, de alegre y de parlanchín, cuando conquistó su amor. No lo podía dudar: Pancho amaba otra vez, pero no era á ella. Y en la negrura de su dolor, volvió á centellar el deseo de su venganza.

IX.

Tres meses de vida en común habían sido suficientes á aquella pareja, en que la mujer amaba y el hombre tan solo saciaba su sensualismo, para que la débil cadena que los unía cayera rota al primer impulso. Lisa había comprendido su locura de amor al disiparse las primeras sombras de su embriaguez. Su negro destino la había arrastrado hacia aquel ideal de realización imposible! Y el contraste de sus temperamentos y de sus energías la empujaba con más fuerza á una ruptura violenta. La fatiga del macho era el aguijón punzante que mantenía en tensión invensible á la hembra. Y á medida que él pugnaba por separarse más y más lejos de aquella mujercilla nerviosa, que le empalagaba hasta el hastío, ella no perdía medio alguno de seducción por conservar aquella ilusión única de su vida.

Y llegó el dia en que pudo ver claro que Pancho no la amaba mas.

Pancho dejó de ir un día y una noche enteros. Lisa estaba desesperada. ¿Qué hacer? ¿En dónde encontrarlo? Le iría á buscar al Hospital; con seguridad que ahí estaría. ¡Oh no! aquello era una locura, una cosa inaudita, imposible para ella. Primero morir de dolor en la soledad y el abandono, que exhibir su vergüenza á los estudiantes; todos conocidos; los más, amigos. ¡No, aquello no, nunca! Y por primera vez se retorció en el dolor de la desesperación.

Cuando Pancho se presentó, no obstante que su amor infinito la hacía débil, de él mismo sacó fuerzas é hizo el sacrificio de callar. Lo recibió triste, pero tan cariñosa como siempre, sin una queja, sin un reproche.

Pancho quedó encantado de la cordura de su amante.

—Ahora sí, veo que te estás haciendo ya una mujer seria. Sí, hija, hay que pensarlo: la vida no ha de ser de eternas mieles. Me encanta que seas tan prudente. Así, así es como te quiero. ¡Qué ridículo y qué tonto hacerlo eternamente de enamorados de novela! Bien, pues ahora te voy á dar una agradable noticia. Ya soy empleado en el Hospital; la recomendación *dió chispa*. Con los quince pesos de allá y los de mi casa, ¡oh! *la gloire sur la terre!*

Pancho, en efecto, no era un mal chico. Su sinceridad se traducía en sus ojos hermosamente ingenuos y en su acento de franqueza. Pero, por desgracia de Lisa, todas aquellas bellezas de carácter le hacían amarlo con mayor entrañamiento; y, escasa de energía para contener los impulsos de un sensualismo patológico, caía como una debastación sobre el infortunado muchacho, incapaz de resistir el huracán.

Asi llegó el dia en que Pancho se escapó por toda una semana. Cuando al cabo de los ocho dias volvió, quedó sorprendido de la demacración que se pintaba en el semblante de Lisa: dos surcos había dejado el llanto en sus carrillos pálidos; sus ojos estaban enrojecidos. Lisa no pudo dominarse más, y se desató en un torrente de lágrimas, balbuceando en sílabas entrecortadas los lamentos de su desgracia. El se empeñaba en convencerla de que un servicio urgente en el Hospital lo había retirado de su lado; el director era muy exigente con los internos, los servicios imprevistos y de inmediata urgencia se presentaban á cada momento. Había que

conservar el empleo á toda costa. Ahí estaba su vida y la vida de su amor. Sin dinero no hay amor.

Lisa no oía nada, y en medio de sollozos exclamó:

—No, Pancho, tú no me amas ya, esa es la verdad.... Confiésamelo.... ¡Para qué me engañas fingiéndome un amor que no me tienes?

Y aquellas palabras abrieron todo su corazón, que lejos de conmover á Pancho lo amohinaban más.

—Lo que me fastidia—dijo en tono agrio y seco—es que seas tan desconfiada; si en otra parte hubiera estado, creo que no tendría dificultad en decírtelo.

Y Lisa que apremiaba á su amante para arrancarle la confesión de una verdad que ella mejor que él conocía, quedó espantada al sólo acento de sus palabras. Las lágrimas seguían afluyendo abundantemente á sus ojos y no pudo balbucear ni una palabra. Con sus manos trémulas ocultó su semblante.

Pancho se dirigió á su mesa de estudio y empezó á hojear papeles, por hacer algo.

Después de largos minutos de embarazoso silencio, Lisa interrumpió tímidamente:

—Pancho....

—¿Qué quieres?

—¿Te enojaste?

—Me disgusta que seas tonta.

—¡Oh! te quiero mucho—añadía bajando la voz y aproximándose lentamente—¿Qué lees, eh?

—No....nada....ya lo ves....

—¿Me quieres? dime....¿me quieres como antes?....dímelo y te prometo no volver á disgustarte.—Y su voz se hacía tan débil y tan dulce como un arrullo. Era una humilde súplica de amor. Se había colocado á espaldas de Pancho, é inclinaba su cuello sobre el hombro de aquel, y ensortijando sus cabellos en sus dedos temblorosos, le acariciaba la cabeza.

El seguía silencioso, y con semblante adusto.

—Ya estás contento¿verdad?,—continuaba Lisa, acercando su rostro hasta tocarse mutuamente sus mejillas. Insensiblemente Pancho le abandonaba sus manos, rodeado de aquella atmósfera de voluptuosidad irresistible; á poco se esfumaba un beso, y luego otro más....y por fin una avalancha de caricias en que la reconciliación pasajera, fingía el amor de los primeros días.

Mas Lisa ya no podía ilusionarse. Si Pancho

seguía unos dias constante á su lado, se hacía áspero y la retiraba con abierta repugnancia. Si se ausentaba, volvía siempre más afable, pero ella había sufrido mucho durante su ausencia. Comprendía que su dominio no existía mas que en los momentos fugitivos de mutuo abandono. Y ante el tremendo hundimiento de aquel amor que se apoyaba en tan débiles bases, sufría un sacudimiento de todos sus nervios, y sentíase pequeña, insignificante, para luchar abandonada á sus solas fuerzas. Ella, que amada por Pancho, sería capaz de todo lo bueno, de todo lo grande, lo mismo que de todo lo malo; sin él sentíase anonadada, y desde luego la ahogaba la asfixia de la miseria y de la ignominia, que era el sombrío horizonte que á su frente se presentaba. Porque sabía cual fue su fuerza y su valor antes de haberse entregado á su amante, conocía también la ignominia social donde había parado.

En tal estado de espíritu se encontraba cuando el nuevo dolor había venido á dar el fatal golpe. Pancho, pues, tenía otro amor.

A su vuelta de la plaza de armas, Pancho se había ausentado en el acto, y ya sin dar explicación alguna.

Lisa había callado: el miedo espantoso de

la descepción final que preveía la obligaba á una resignación violenta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X.

Lisa oyó pasos y, esperando que de casualidad fuese Pancho, asomóse á la puerta.

—Adiós Lisa.

—Buenas noches Chato.

—¿Qué milagro que se le vé á usted?

—Milagro sería que hubiera amigos que se acordaran de mí.

—¡Oh! Lisa! es usted de las personas que se ven para no olvidarse nunca.

—Pues ya lo veo..... Pase Chato.

—¡Oh! es que si no la visitamos, usted tiene la culpa:—dijo el Chato penetrando tras de Lisa.—Se ha hecho tan orgullosa. ¡Ya no nos saluda siquiera!

—¡Orgullosa! ¡Ojalá! ¡Cuánto más valdría eso! muchas veces con un sentimiento se ocultan otros. Y cuando la desgracia llega ¿cómo va á ser uno lo mismo?

—¿Desgracia? ¿usted tan guapa, tan joven,

tan linda, hablando de desgracia?.... Esa no lo conocemos más que los infortunados que nunca hemos obtenido ni una mirada de esos ojos!

—Cállese, vamos platicando un rato y deje para otra ocasión su galantería.

—Así es que ustedes ya tronaron. ¡Brava pareja! ¡Ni tres meses van! ¡Cuánto amor, carambolas!

—Y qué le extraña? Lo raro sería que no fueran así todos: unos canallas.

—Gracias por la lisonja, pero creo que aun no tiene usted la experiencia suficiente para generalizar así tan de plano.

—La experiencia no se adquiere en cabeza ajena, y por eso, porque yo la he sufrido en la propia, por eso lo digo. Por lo demás las mujeres somos también todas iguales: unas imbéciles dignas de ustedes.

—Yo no la encuentro á usted igual á nadie. Para mí es el tipo excepcional, por su talento, por su hermosura y.... por esos ojos. ¡Oh! ¡esos ojos!

Y como el Chato hubiera encontrado la acogida más inesperada, él, que atisbaba á Lisa desde su escapatoria con Pancho, esperando alcanzar su correspondiente parte de amor, creyó que había llegado su hora y

presuroso le pidió permiso de salir á la esquina á traer unas cervecitas que ahuyentaran un poco las penas.

Lisa se encontraba en uno de esos momentos en que la necesidad de expansión se impone. En las intensas alegrías como en los más grandes dolores, el imperio de una confidencia domina, el corazón se siente incapaz de contener, sólo, el peso de una gran emoción. Llorar, y que el polvo recoja las lágrimas, es una desgracia inmensa; verter el llanto sobre un pecho hermano ó amigo, es una dicha.

El Chato volvió con los bolsillos atestados de botellas, y probablemente con aguardientes en el estómago: su faz coriácea se animaba, brillaban sus ojos rojizos, y su cuerpo endeble y descarnado se movía con ligereza.

—Pues la felicito, si es eso, Lisa, porque en lugar de tristeza, debería usted estar rebozante de alegría.

—No lo comprendo.

Pues es claro. Rompiendo con Pancho se ha sacado el premio gordo, usted tan hermosa, tan joven, tan guapa, con ese que sólo un cuartucho miserable como éste le puede dar, á usted que ni un palacio sería digno.....

—Le suplico, Chato, que de Pancho no diga usted nada; vale mucho más, mil veces más que todos Udes. juntos.

—Eso es lo malo, ahí precisamente está lo grave. Enamorada aún?....¡negocio perdido!

—Lisa suspiró, sin replicar una palabra. El Chato destapó una botella y luego alargó á Lisa un vaso derramándose de espumosa cerveza, y dijo:

—Mire Lisa, para todo mal....mezcal, y para todo bien....también.

Inconcientemente Lisa apuró el líquido, hondamente preocupada al despertar de sus recuerdos Veía en aquel momento en el Chato, no al estudiante degenerado y repulsivo, arrastrándose siempre abyecto por el placer; sino á sus fieles amigos, á sus queridos estudiantes, á sus adoradores, su familia, su hogar, su pasado: toda, toda su vida. Y era ese el sentimiento que la hacía tornarse de áspera, en afable y hasta cariñosa.

Y vino el desbordamiento de las confidencias que llegaban á los detalles más íntimos de su vida dolorosa. El Chato la oía sin comprenderla, en su aturdimiento por el vino y por el deseo.

Y era un contraste extraño el que hacían aquellas dos caras que la pálida luz de la vela alumbraba sobre el fondo obscuro de la

habitación inmediata. De frente, la faz de Lisa empurpurada suavemente, sus bellísimos ojos de largas pestañas abiertos á la inmensidad de sus recuerdos tristes, cintilando en sus pupilas el fuego de sus pensamientos, encuadrada su cara oval por rizos destorcidos de un negro intensísimo, su boca plegada por una línea que el dolor dejaba como huella indeleble. El Chato, de perfil, con los párpados ribeteados de escrófula, los ojos como una brasa, la nariz remangada y abierta, los gruesos labios palpitantes de deseo.

Y cuando en la conversación descendían á detalles de la vida íntima y el Chato creyó su conquista realizada, fiándose en aquellas confidencias, empezó á tener sus deslices.... Lisa pareció despertar de un sueño: sus energías y habitudes de defensa prodigiosamente desarrolladas, se levantaron y, en un momento, con la facilidad de una costumbre arraigada, se deshizo del osado que se atrevía á tocarla, y, á empellones, lo arrojó á la calle.

—

Lisa despertó asombrada, muy entrado el dia; había dormido como nunca. Y un calosfrío recorrió todo su cuerpo cuando la funesta idea vino á revelarle el descanso á sus dolores. «¡Oh!....¡el vino!....¡el vino!» exclamó espantada y presa ya del terror que produce la atracción del abismo.

Aquel fué el primer eslabón de la cadena que serviría para suspenderla en el vacío. Asi como al despertar de su sensualismo, no había podido resistir á la influencia de su raza degenerada, entorpecida hasta entonces por artificios de su educación; así el encontrar en el alcohol el alivio á sus males, dado el primer paso no podría detenerse y el peso atávico la hundiría para siempre.

Su voluntad magnífica de hembra valiente y noble en los tormentos de la vida, cayó rendida al primer golpe asestado por un sentimiento netamente humano; después el golpe de maza de su amor infortunado le arrancaba la última resistencia. Y, como pluma flotante, seguía los impulsos del huracán.

XI.

So pretexto del cumpleaños de María de la Luz, hermana menor de Esther, se daba en su casa esa noche un baile; gran baile, como que eran ocho los de orquesta, y hasta se preveía el ambigú.

El gran patio ostentaba, fresquecitas aún, las estrellas de tierra roja sobre el enladrillado flamante. Desaparecían las paredes tras un tapiz de verdura, de festones, coronas, farolillos venecianos; no faltando, como es natural, ni las consabidas banderitas tricolores, ni el ancho pabellón de papel de china que se desprendía del centro, en lo alto, para caer en gajos abiertos, y rematar sobre coronas de flores en caprichosa moña. Mas si un algo tenía de tosco y vulgar dicho adorno olvidábasele en cuanto la mirada se detenía en el estrado: un primor de bellísimos trajes vaporosos, caras frescas y sonrosadas, bocas

de fuego y ojos relampagueantes. Sentíase un perfume embriagador surgiendo de aquel reguero de hermosas flores emanando veneno. Se oían risas argentinas, vocecillas sonoras y precipitadas, toses fingidas, y todo un murmullo de entusiasmo y alegría.

Esther, con elegante traje blanco dibujado de largas hojas de lirio de un verde resedá, aparecía profundamente sugestiva; su palidez de linda anémica de dieciocho años se diluía bajo los ensortijados bucles de su pelo rubio, abierto en dos gruesas matas flojas y ondulosas de uno y otro lado de la frente. El cuello desnudo, blanco y flexible, erguíase derecho como el tallo de un nardo; sus ojos claros animábanse por el deseo de complacer. Una sonrisa graciosa levantaba levemente la delicada línea de su boca. Toda ella, en fin, era un conjunto de grandes atractivos.

Mira, ahí está Pancho—dijo á Jesús, su novio, que se encontraba á un lado de ella.

—¡Pancho! es verdad. ¡Qué raro! Se había hecho tan retraído, que es la primera vez que le veo en una reunión desde la aventurilla aquella.... pero míralo que cortado.... ¡Pobre!, voy á llamarlo.

—No, deja,—replicó Esther,—ya nos verá

Levántate, dame el brazo, vamos á bailar; esta pieza me encanta.

Jesús dió el brazo á su novia, y ambos se lanzaron en el torbellino de faldas multicolores.

El baile alcanzaba su apogeo; la orquesta arrebataba las parejas de amantes en un wals voluptuoso y carnal. Era un incesante mareo de trajes negros entre las hirvientes olas de espuma, que finguían las tenues gasas, de peinados brillantes, de nucas blancas, de carrillos empurpurados. Un perfume abrumador de languidez impregnaba el aire. Ambiente de voluptuosidad respirado por aquellos pechos palpitando de ensueño, en el arrebato de la ilusión fomentada por un clima cálido propicio al amor.

De pronto se encontraron Pancho y Esther.

Al saludarse, ella le dió un apretoncito de mano, que le hizo dar un vuelco á su corazón. Y en verdad que era muy alarmante, por que Esther, de ordinario, sólo tendia con frialdad sus delgados dedos. Y no fué su turbación, por un exceso de amor, sino que las cosas caminaban con violencia mayor de la que él quería. Cierto que Esther, según una expresión muy usada por él, «le llenaba el ojo»; pero para llegar á ella había que empezar por

no hacer traición al amigo íntimo: á Jesús.

—¿Invitaste á Pancho al paseo de mañana? —dijo ella dirigiéndose á su novio.

—No, como éste se ha convertido en cartujo, no le había vuelto á ver....

—¿Conque usted se olvida hasta de sus mejores amigos? ¡Oh!, pero es una injusticia hacerle tal reproche: tendría grandes ocupaciones, mucho trabajo en el hospital, tantos libros que estudiar—replicó Esther con aire de burla.

La turbación de Pancho llegó al colmo, y el pobre no sabía que contestar. Ella que no intentaba mas que reconocer el terreno, convencida ya de que era lo más propicio para sus deseos, cambió en el acto de conversación, añadiendo:

—Mañana nos va á acompañar á un paseo que don Pedro dará en la Barranca. Tanto Jesús como yo, tendremos un gran placer en verlo otra vez como amigo.

Jesús asintió con una inclinación ceremoniosa.

—Esther—dijo Pancho—quizá no pueda concurrir: mañana es dia de guardia para mí en el hospital y....

—Y algún compañero se la va á hacer.

—Pero, ¿si el director no me dá el permiso?

—Pues entonces....también va—replicó ella, fijando en Jesús sus hermosos ojos, y sonriendo; pero con acento imperioso que no daba lugar á réplica.

—Bien, iré, Esther.

Pancho se despidió y los novios se perdieron entre la multitud de parejas.

—Bueno—dijo Jesús—y el zoquete ese de don Pedro que hace que aun no viene....ojalá y jamás volviera.

—En nombrando al rey de Roma,..... míralo,—contestó Esther.

En ese momento se presentó un señor gordo, bajito, vestido de negro y chaleco claro, haciendo gala de despreocupación; pues que la pechera se escapaba por entre el desabrochado chaleco al impulso de la barriga más formidable. Daba vueltas entre las manos á un viejo fieltro, y con la mayor frescura recorría con sus ojillos vivarachos lo más granado de la concurrencia. Verlo la señora mamá de las niñas y lanzarse á su encuentro fué cosa de un instante. Haciendo alarde de esa bondad de que todo el mundo se hacía lenguas, y dando todos los honores que se deben á un distinguido amigo, le condujo al sitio de honor; ahí donde se encontraba la ancianidad respetable; más el viejo no era

lerdo en achaques tales, dió las gracias galantemente y, manifestando la pena de abandonar á tan grata compañía, pidió permiso para ir á saludar á las señoritas, añadiendo como excusa y con el gracejo que le era habitual, que él estaba siempre fiel á aquello de que «á gato viejo ratoncito tierno.» Y sin más preámbulos se dirigió al sitio en donde había descubierto á Esther.

—Esthercito, usted tan hermosa como siempre! ¡Oh! ¡vive Dios! es usted la reina de la fiesta: entre tanto primor no he visto una que siquiera se acerque á usted..... ¡Bravo! si; ¡muy bien! ese peinado le cae divinamente.

Esther fingía indiferencia y desabridamente le tendió la mano. Don Pedro que no había reparado, ó se hizo el desentendido, se sentó en el asiento de Jesús, del desventurado que á pesar de su contrariedad se levantó al encuentro de su aquel malhadado viejo.

—¡Ah! ¡y qué traje mas hermoso! ¡todo lo que se acerca á usted con eso solo se embellece!

Todas las miradas se concentraron en aquel grupo. Don Pedro era de esos mortales que como el fango, cuanto tocan manchan; y la virtud de Esther daba al traste en esos momentos, en la boca precisamente de aquellas que, llenas de envidia, ambicionaban fortuna

igual. Pero el que más triste papel hacía, era el humillado novio que, aturdido, con los carrillos plomizos de ira y de vergüenza, permanecía parado, sin saber que hacer. Afortunadamente, Pancho, que se había apercibido del caso, tuvo una idea y lo sacó de tan ridícula posición.

—Perdone usted caballero: la señora desea hablarle y le suplica se sirva dispensarla un momento.

—Con muchísimo gusto—respondió el vejete levantándose inmediatamente, muy ajeno al bromazo. Entonces Pancho, Esther y Jesús se escaparon por una puerta con acceso á las habitaciones.

XII.

El corredor estrecho y obscuro de tan largo, se prolongaba desde la gran puerta de la cocina que daba paso á una bocanada de luz, hasta la minúscula de la carpintería en el extremo opuesto. Un olor á yodorfomo, ácido fénico y demás drogas desinfectantes hacía pesada la atmósfera. De un lado se alargaban los cuartos numerados de los practicantes y enfermos distinguidos, y del otro las gruesas columnas del corredor abierto hacia los prados confinando con las salas de «Dios Padre» y «Jesús María».

Pancho que había adquirido la costumbre de levantarse temprano mas que por presteza, por la repugnancia irresistible de que era víctima al lado de Lisa y que se acrecentaba cada dia más, se paseaba pensativo; de un extremo al otro del corredor, en espera del interno de «San Pedro» que aun dormía, y á

quien él ayudaba diaramente en las curaciones.

La mañana era bellísima; la noche había sido de lluvia y en el follaje empapado, cintilaban las gotas irisadas. Un girón de azul purísimo asomaba tras las tapias del jardín.

¡Oh, las lluvias! ¡las últimas lluvias, la despedida del estío!, los tibios dias de octubre. ¡Qué amores los suyos tan fugaces!, pensaba Pancho. La primavera se habia abierto con su corazón entonces ardoroso, pleno de vida y de amor; ahora el estío se iba y él se quedaba con puras cenizas, amarga decepción, fastidio infinito, y marchita el alma. ¡Qué distinta era esta mañana de las primeras de amor! En su imaginacion resplandeció el recuerdo, y el tormento exacervó su dolor. Fué una mañana, á los pocos dias de su escapada con Lisa, y fué en la Alameda. Eran las cinco: un despertar de flores, de aves, de campanarios, de alegría y de vida. La ancha calle de la Alameda se estiraba recta como una cinta gris de tierra empapada por la lluvia y orlada de fresca yerba. La doble linea de árboles se prolongaba en la misma rectitud, ostentando las copas de un verde obscuro y lustroso que contrastaba con el claro del follaje. Todo

palpitando en gotas de agua que como mariposas diamantinas y temblorosas se suspendían oscilantes en las hojas. Los focos eléctricos encendidos aún, pero sus rayos opacados por la luz que se infiltraba á través de un cielo borroso de gris, aparecían como globos de lumbre rojiza casi en extinción. La opacidad del cielo diluíase en la niebla que cubría el horizonte y sólo en el oriente, los rayos anaranjados del sol empezando á salir, rompían aquel tono de blancura homogénea. Los objetos lejanos perdíanse en la opacidad y los más inmediatos tansformábanse en siluetas blancas, pálidas y vaporosas. El negro humo, que á borbotones se escapaba del chacuaco de la fábrica de cervezas, á poca altura se desvanecía. Era la primera mañana de estío, alegre y bulliciosa, con la alegría de los bronces sonoros de los campanarios llamando á misa, con el jugueteo de los gorriones que saltan por los prados picoteando y sacando granos de entre el zacate; con el perfume de los ramajes en donde se entreabren los botones en frescas flores. Aquella hermosa mañana, los dos se habían levantado temprano, y, como siempre, fieles á su cómplice la Alameda, se iban á perder en las callejuelas inundadas de aire

saturado de fecundidad y de vida. Ella reclinaba lánguidamente su cabeza, sobre el hombro de Pancho, con los cabellos sueltos aún, marchitas las mejillas, y débil el cuerpo, presa de una inmensa laxitud. El le rodeaba el talle con su brazo, estrechándola tiernamente. Envolvíalos un tibio vapor de tierra húmeda impregnada de perfumes estivales.

—¿Estás triste, Lisa?—dijo Pancho.

—¡Oh, no!—replicó ella,—¡soy tan dichosa contigo!, ¡nunca creí serlo tanto!—Un profundo suspiro se escapó de su pecho y añadió:

—Y tú, ¿me quieres aún?

—¡Oh Lisa!, ¡qué preguntas!

—Perdóname: te amo tanto que á mi pesar la duda me asalta y algunas veces me hace sufrir.

—¡Loquilla! ¿no sabes que por tí haré lo que tú quieras?, ¡mi porvenir, mi juventud, mi vida entera, daría sólo por un beso tuyo! ¡Oh, tus besos valen un cielo!

Ella volvió la cara, y sus bocas se encontraron sonoramente.

—¡Dios mío!—interrumpió Lisa,—nos ha visto el de la bicicleta....

—¡Qué importa! no te acuerdas cuantas veces, hemos visto lo mismo?. Ahora que

nos toca, tomemos la revancha..... Toma....toma.

Lisa no pudo, por fin, resistir á la belleza de la mañana, á la maravillosa vitalidad que en bocanadas se desprendía á sus piés. En su rostro pálido apareció un color sonrosado, y las líneas obscuras, hundidas bajo sus párpados, empezaron á borrarse.

—Lisa, ahí viene Jesús con su novia. Vamos tomando otra callejuela.

—Si, anda, pero pronto, me daría mucha vergüenza....

Como si igual reflexión se hubiera hecho la temida pareja, unos y otros torcieron, con tan mala fortuna, que por igual callejón se metieron; y ya cerca y de frente no era posible evitar el encuentro.

La situación era embarazosa para las muchachas, pero no lo fné para Pancho que á todo su sabor pudo comparar á las dos chicas, frente á frente, cediendo por fin á la necesidad de hacerlo, y que tantas veces le había perseguido como la más ruda obsesión. Esther, la chihuahuense, blanca como una gardenia, Lisa, moerna, radiante como un aterciopelado pensamiento. ¿Cuál es la más bella?, se preguntó. ¡Oh! dijo para sí: Esther es el champagne; Lisa es el ajenjo. Y á su

pesar, ahí mismo, en aquel momento en que creía amar á Lisa con toda su alma, reflexionó en que el ajenjo era muy fuerte y lastimaba á los novicios, mientras que el champagne es exquisito; y sin duda á un muchacho inexperimentado como él, le caería como una bendición del cielo. Y al separarse las muchachas, después de un momento de obligada conversación, Pancho las comparó otra vez: Lisa como una luciérnaga fulgurante, Esther como una mariposa blanca, y sintió la dolorosa sorpresa de un naciente deseo de deshacerse de una mujer, demasiado mujer para un chico de dieciocho años lleno de ilusiones y de entusiasmo.....

Ahora caía bajo el peso de la inexorable ley de las compensaciones. Los momentos de placer debía pagarlos con largas horas de fastidio. Porque una noche sorprendió el desastre: Lisa se había quedado tirada, ebria, á un lado de la puerta. Un huracán de sentimientos se levantó en su pecho, y comprendió que sólo un esfuerzo personal, y el sacrificio en aras de su deber, podían salvar á la muchacha. Y así llevaba un mes de fingir, por detener la caida irremediable. Pero si el sufrimiento se ahondaba en su corazón, era porque, sin confesarlo, veía claro que no tenía la fuerza suficiente para continuar indefiniblemente aquella obra; para seguir siempre al lado de una mujer á quien no amaba; que con sus mieles y remilgos de enamorada sin remedio, cada vez le empujaba más lejos de ella.

Tres campanadas sonaron en la portería, despertando á Pancho de aquella abrumadora pesadilla. Se dirigió luego á la entrada del Hospital. Aquellos toques eran para llamar al practicante de guardia, que lo era precisamente González, á quien él esperaba y que dormía aún.

Cuatro gendarmes dejaron caer pesadamente una camilla, en tanto que el cabo presentaba la boleta de remisión.

—Cuanto le agradecería, Sr. Ramírez—dijo el comisario dirigiéndose á Pancho,—que me indicara á qué sala deberá ser enviado este enfermo. Los de guardia se la pusieron anoche y no los despierto ni con las de Catedral.

Pancho se aproximó á la camilla, entreabrió las sucias cubiertas de lona y descubriendo la faz del enfermo, le preguntó á gritos:

—¿De qué vienes á curarte? ¿Qué tanto tienes de malo? ¿qué te duele?

El infeliz apenas podía hablar con voz apagada y triste.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1025 MONTERREY, MEXICO

—A San Pedro,—dijo Pancho.

—A San Pedro número 34,—añadió el comisario, indicando á los mozos que levantaran la camilla, la que, en breve desapareció hacia el repartidor.

Cuando volvió á los cuartos de los internos éstos empezaban á levantarse. González entreabrió la puerta, apareciendo con una cubeta de agua derramando espumoso jabón, el pecho y los brazos desnudos y la cabeza empapada.

—¡Diantre!, ¡qué bomba se han puesto ustedes!: son las siete y ya el director está en la clínica.

—¡Patriarcal, chico!: fué la de Dios y Cristo....

—Pues ya lo voy viendo—dijo Pancho entrando á la pieza, en tanto que Jesús tiraba el agua al jardín.

Otro de los estudiantes, en paños menores todavía, examinaba cuidadosamente á la luz de la puerta, su sobretodo abierto y suspendido por los hombros, y después de haberse cerciorado de que había salido ileso de la francachela lo abrazó cariñosamente, cantando con una formidable voz de bajo profundo el *Vecchia simarra senti* de «Bohemia.»

Algunos de los que aun dormían, de á dos

y hasta de á tres en las heroicas camas de tijera, despertaron echando pestes contra el improvisado Collin.

En las mesas que decoraban el cuarto se veían en confusión revueltos los craneos y canillas con pedazos de pan, latas vacías, hojas de tamales, láminas de dudosa castidad, libros abiertos, botellas con heces de vino y todo lo que podía dar fe de un apetito formidable, honra de los futuros galenos.

—González, quiero que hoy me hagas la guardia.

—¡Cómo! ¿chorchita tenemos?

—Estoy invitado á la Barranca.

—Lo cual quiere decir que tiras por fin el aparejo.

—No, es que fué un compromiso.

—O que la chica te está cargando.

—Lo que tú quieras, ¿me haces la guardia?

—*Non posumus* amigo. Mira....me está llevando *fra diábolo* Ve como me tiemblan las manos.

—Con una copa estás bueno dentro de cinco minutos.

—Te juro que no tolero ni una gota de vino; ya van tres noches seguidas.

—Sr. González,—interrumpió uno de los estudiantes después de un largo bostezo y

de estirar cansadamente los brazos:—generalmente hablando—siguio con voz hueca y grave, queriendo remedar al director,—no son borrachos los que beben vino y....lo demás: borrachos son los que amanecen crudos y....etc. Es usted un niño aún.

—Si, tonel amigo, no tengo el honor de compararme contigo.

En ese momento Pancho le presentó una copita de tequila que sin gran resistencia apuró.

—Ninguno, ningún punto de comparación, mi querido cartujo, ya me lo has demostrado superabundantemente.

—Con que me haces la guardia ¿eh?—repitió Pancho.

—Bien—dijo González, ya reanimado,—bajo una condición, que el domingo me la pagues.

—Te tomo la palabra.

Y violento se escapó á la calle

XIII.

A la sombra de los platanares de la Barranca, se tendían una multitud de jóvenes de ambos sexos, fatigados un poco por el hálito sofocante del medio día, por el incisivo aroma de los plátanos en flor, y más quizá por los «espirituosos» que se les habían subido á la cabeza. Alguna obesa señora roncaba estrepitosamente con gran contentamiento de las niñas confiadas á su guarda que flirteaban con sus amigos ó novios.

Pancho, sentado en una roca cerca de Esther, le cogía á sus anchas una mano que ella abandonó sin resistencia, como inconsciente, en medio del aletargamiento, con los ojos cerrados á la vívida claridad de un cielo deslumbrante que hería la vista.

Cada vez más animado por la benévola acogida, que en verdad ya se esperaba, se resolvió por fin, y le espetó la consabida de-

claración. Todo lo que Pancho tenía de atrayente cuando era ingenuo y hablaba con franqueza natural, perdíalo, en cambio de un amaneramiento chocante, cuando, por una de tantas aberraciones, se empeñaba en hacerla de tenorio. Escaso de imaginación y de palabras, para sus conquistas de ocasión tenía siempre dispuesta una declaración de amor, que si en muchas le dió éxitos, con las niñas que no pertenecían al género cursi le daba puros fracasos.

Cayó por tanto muy mal á Esther que con todo y su inalterable frialdad tenía sus visos de talento. Y desde luego se desistió de su idea de venganza, propuesta ya sólo á pasar un rato en guasa.

—Bien, y María Luisa?

—¡Oh! no, María Luisa no ha sido mas que un yerro: los dos nos habíamos engañado. Ella no ha hecho sino obedecer los ímpetus de sus mal contenidas pasiones; en cuanto á mí, ¡oh! yo le juro á usted que jamás la he amado; ha sido una llamarada que me abrazó por un momento, pero que después no me ha dejado mas que un frío horrible y un mortal hastío.

—¡Admirable!—replicó Esther, reanimándose;—pero parece que no le ha desagradado

la prueba; pues no es remoto que un día se le vuelvan á ocurrir que otra llamarada le abrase para sentir después un frío horrible y un mortal hastío....ja....ja....ja. ¡Qué chistoso es usted Pancho!—La muchacha acentuó con toda intención el tono peculiar de su voz, convirtiendo sus palabras en una ironía que era una bofetada.

La cara de Pancho se cubrió de rojo por la vergüenza, no tanto de lo que había dicho, sino del poco talento con que lo había espetado. Lo cual no era sino un aguijón hundido en su amor propio.

—¡Oh!, Esther, no vuelva á repetirme esas palabras; me ha lastimado en lo más íntimo de mi alma, La adoración que guardo por usted desde el feliz momento....

—¡Silencio!—exclamó Esther retirando su mano con rapidez de entre las manos de Pancho—allí viene Jesús.

Pancho se levantó en el acto, mal disimulando la emoción que se traducía en su faz roja y trémula. Jesús estaba muy lejos de sospechar de su mejor amigo, y todo pasó desapercibido.

—¡Caramba!—dijo Jesús, dejando la escopeta recargada en una peña—á esta hora es imposible atrapar ni una huilota—Luego se

dirigió á su novia dándole un furtivo beso. Esther fingió despertar y, como bajo encantadora sorpresa, sonrió abrazando con su mirada al buen chico que se sentó cerca de ella, caliente, agitado, pero sin una gota de sudor en la cara, que aparecía más plomiza con dos ojeras profundas y chapas sobre los carrillos.

Tras de Jesús llegó don Pedro con el más grande alboroso, y haciéndola de hombre oportuno y de chispa, exclamaba:

—Arriba perezosos ¡Valiente paseo está éste!

Pues qué ¿hemos venido á dormir?

Y aquí tira á una de la oreja, más allá cosquillea la nuca de la otra, aquí acaricia una mejilla: siempre por de contado á las niñas de buenas prendas.

Las muchachas empezaron á incorporarse perezosas y sonrientes, invadidas por el letargo general, por el calor sofocante, en el silencio sólo interrumpido por el zumbar de los mosquitos ó por el sonoro y agudo silvido de la extraviada calandria.

—Paz,—dijo don Pedro—sírvase tomar la guitarra y ayúdeme á desperezar esta gente.

La canción brotó, pero no resultaba en la pesadez de aquel dia cálido y abrumador.

Puesto que se había prestado la ocación y que ya se había metido, Pancho pensó que no quedaba más camino: ó el de hundirse en el atolladero, ó avanzar hasta salir airosamente de él. Así es que en la vuelta procuró venirse cerca de Esther, lo que consiguió sin dificultad; pero con tan mala fortuna que más le hubiera valido contentarse con su primera intentona.

—Conque, ¿qué me dice Esther?

—Decía usted? replicó ella como distraída.

—Que ¿qué me contesta usted?

—No he oído que me haya preguntado algo.

—¡Oh! no se burle usted.

—¡Burlarme! añadió ella en tono de sorpresa—no lo entiendo.

—No me haga desesperar: es pues que debo rechazar todo esperanza? Es que mis ojos no han encontrado acogida? No tendré al menos una palabra tan solo de consuelo? Me condena á ser el mas infeliz de los mortales!!!

—¡Dios mio! ¿Pancho, qué le pasa? Allá arriba creí que era efecto de las copitas: ¿Qué ha vuelto á tomar? Calle, no sea tonto, María Luisa lo adora, y es usted un ingrato.

Estas últimas palabras congelaron el en-

tusiasmo, y desbarataron todos los argumentos que Pancho se había forjado para convencerla de su amor. Pero terco, como buen tenorio, siguió insistiendo hasta que la muchacha bastante displicente, profundamente deprimida por un paseo que no había resultado, después de una mañana de alegría, de gritos, de carreras, de una pesada digestión, de algunas copillas; y decepcionada de Pancho, á quien esperaba menos vulgar, ya sin importarle un bledo que á María Luisa le fuera bien ó mal, cortó por lo sano diciendo:

—Pancho, perdóneme; pero viene pesado y fastidioso como nunca.

Pancho sintió un golpe de maza en medio de su vanidad. No replicó una palabra, y con el mayor disimulo posible se fué retirando de ella hasta mezclarse con los demás grupos, apareciendo entre ellos alegre y decidor, para ocultar su gran fracaso, quizá también contento en el fondo, por no haber tenido que traicionar abiertamente á su amigo. En realidad la muchacha lo había inducido, y su pasión fué algodón pólvora que al arder ni le había tocado. El despecho era tan sólo por sus pretenciones de guapo.

XIV.

Luisa despertó, incorporóse perezosamente, bostezando y tendiendo con muestras de laxitud sus brazos desnudos, mórbidos y suaves. Largos rizos destorcidos caían al descuido sobre su frente. A través del transparente camizón, se descubría la redondez de su busto, de sus curvas arrogantes: una riqueza de proporciones en la forma, de color y de vida en plena madurez.

Largos minutos permaneció sentada, con sus ojos abiertos, absorta y perdida en sus pensamientos, frente á un pedazo de cielo que aparecía por la ventanita medio entornada. Con infinita tristeza, pensó en el mismo desengaño que la había obligado á embriagarse otra vez. Pancho no volvía desde la víspera. Ahora se le presentaba claro el sentimiento que lo había vuelto otra vez á sus brazos. ¡Oh, aquello era horrible! Pancho volvía

á brindarle caridad de amor: pura compasión. Pancho podía ser un heroe entonces; mas ya no era un amante. Y recordó, una vez más, sus primeros días de mujer escapada del hogar. Un mes de locos placeres, de amor volcánico, luego un despertar doloroso: el cansancio del amante y su fastidio mal reprimido, y, entonces, apenas, cuando ella le adoraba hasta el frenesí, él, herido mortalmente en la plenitud de su potencia, se dob'egaba y rehuía sus caricias abrasadoras. Ella triunfaba y él no podía ya contestar al desafío: él un muchacho robusto de nuca palpitante de sangre y de fuerza hasta para rendirse. En la terrible lucha de dos temperamentos el triunfo se declaraba por aquella mujercilla nerviosa de ojos negros y centellantes de aquel magnífico cuerpo de tapatía ardiente; triunfo triste que significaba toda una derrota.

—¡Oh!—se dijo—y reprochar á tantos desgraciados que tomen vino! ¡Cuantas injusticias se cometen cuando se desconoce el infortunio!

Se aproximó á su buró y tomando un vaso vació dentro, el contenido de una botella, bebiendo luego con sed ardiente.

En ese momento se oyó ruido de ebrios

insolentes, y carcajadas; luego golpearon estrepitosamente la puerta. Al empellón, Lisa se metió asustada entre las sábanas.

—Abre....abre, Lisa.

En la voz conoció á Pancho.

—Espera un momento, voy á vestirme.

Rápidamente se puso su ropa y abrió la puerta. Pancho solía tomar con los amigos, de vez en cuando, pero Lisa nunca lo había visto en estado semejante: cubierto de lodo de los pies á la cabeza, los cabellos enmarañados, enrojecidos los ojos, y tambaleándose pesadamente del brazo de Jesús tan borracho como él. Asi entraron riendo y hablando con gran estrépito.

Pancho, cae que no cae, se dirigió á Lisa y tomándola por la cintura quiso levantarla al aire; mas no pudo y se contentó con darle un beso ruidoso.

—Mira Jesús—dijo balbuciendo las palabras—esta linda morena sí me quiere: me es fiel y me adora con el alma, y no me engaña como á tí la chihuahuense. ¿Verdad, mi encanto? Un torrente de palabras menudeadas de insolencias, siguió en la conversacion. Jesús llevaba un chichón como resultado de una cariñosa bofetada que Pancho acababa de darle, y que ahora comentaban

á grandes risotadas, abrazándose con entusiasmo hasta quedarse dormidos en la cama aun deshecha de Lisa.

Ella se había retirado á cocinar, profundamente preocupada, con sospechas nuevas, y con asalto de celos otra vez. No esperaba á Pancho á esa hora, porque siempre se iba al hospital muy temprano. Si se embriagó, era que alguna nueva pasioncilla venía á turbarle; luego sus alusiones á un paseo en la barranca, á Esther que engañaba á Jesús. Bien podía entrever que alguna descepción era lo que lo había lanzado á pescar semejante borrachera. No tardó mucho en asegurarse de sus sospechas.

Eran las dos de la tarde cuando despertaron, y ella estaba en el lavadero. Desde ahí se dió cuenta de la conversación.

De vuelta de la barranca, Pancho y Jesús, ya llegando á la ciudad, corrieron una broma más que pesada al insoportable don Pedro, que como mosca no se despegaba de Esther, desde que el tenorio la dejó sola, y con gran disgusto de Jesús que se ardía. Era ya obscureciendo. Tomaron un lazo de sus estremos, y lanzando al galope sus cabalgaduras cojieron en medio al buen viejo que dió el más formidable porrazo. Esther los

colmó de improperios, mas don Pedro parecía tomar la cosa á la broma y reía sin dejar asomar su indignación; pero apenas entraron á un barrio, presuroso el viejo llamó al primer gendarme que se presentó y mandó á los chicos á la comisaría, no obstante las súplicas de Esther que ahora se llenaba de compasión. Por su buena suerte, el practicante de guardia, era amigo de Jesús y, previa somera explicación con el comisario, en vista de que todo no valía un comino, quedaron en libertad; y para reponerse del sustazo tuvieron que aceptar las copas llenas de pocion de Todd que su salvador les brindara. Y ahí empezó la borrasca. Pancho se hizo más comunicativo que nunca, y vació el saco de los secretos que guardaba al amigo íntimo. Éste se enfureció en cuanto aquel le contaba su aventura con Esther. El gran sentimiento se comentó dentro de una cantina, de la que salieron á darse bofetadas, pero como eran buenos amigos la sangre no corrió; al primer golpe duro la conciliación se hizo. Decidieron, por fin, pasar la noche en una casucha inmunda de San Juan de Dios, en bacanal con mujeres monstruos; tampoco ahí acabó la frasca, pues cuando ellas notaron que los chicos se bebían el vino y no lo pagaban, á

empellones los tiraron á la calle. Y de allí cayendo y levantando llegaron muy entrado el día á la casa de Lisa á dormir en paz.

—Hoy le pido mis cartas—decía Jesús—¡Malvada!, hipócrita!, te dijo que no, pero es porque quiere que te rindas más.... La conozco ¡coqueta!

—¡Cállate, te oye Lisa.

Cuando se levantaron, Lisa les puso una mesita con una blanca servilleta muy limpia, y sobre ella platillos con huevos crudos, dos tazas de té hirviente y una botellita de *pechuga*.

Jesús después de la sabrosa *cura* se despidió un tanto avergonzado con Lisa.

Pancho quedó sólo con ella.

—¿Nadie ha venido á buscarme?

—No, nadie. Ah sí, ayer vino un mozo del hospital, pero como estabas de guardia, creo que sería una equivocación de él.

—¡Ah! ¿vinieron del hospital?—replicó Pancho pensativo; é intentando salir, tomó el cepillo, y arregló su ropa.

—¡Cómo! Ya te vas?—dijo Lisa, con desconsuelo.

—Si, tengo un asunto urgentísimo.

—No, no te vayas tan pronto.

—Palabra de honor!

—Mentira, mentira que tienes que hacer: es un pretexto—añadió tomándole una mano—Pancho, tú no me quieres, balbuceó, desbordándose en llanto y oprimiendo entre sus manos la de él. Repetía una de tantas escenas de amor con que multitud de veces había conseguido detenerlo; mas Pancho no podría enternecerse, dado el estado de laxitud en que en ese momento se encontraba. Lisa, víctima de su pasión ardiente, no podía ver las cosas por claras que fuesen, y cada vez, ella misma se arrastraba al borde del abismo. Con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, con sus miradas suplicantes, en la desesperación de su impotencia para retener aquel ser adorado, se exasperaba y de las caricias descendía á las súplicas. Rodeando el cuello de Pancho con su brazo desnudo, caliente y suave, apollando su cabeza sobre el hombro de su amado, le humedecía los carrillos con su llanto.

Pancho hacía el esfuerzo más grande, para ocultar su infinita repugnancia. Aquella actitud resignada, engañó á Lisa, y tuvo ánimo para decirle muy quedo, al oido, envolviéndolo en un ambiente de voluptuosidad:

—Dime, por qué te gusta más Esther que yo?

—¡Ah! eso no es cierto,—exclamó Pancho violentamente y con sorpresa.

—Lo he oido todo.

Pancho se sintió herido en su soberbia: su amante había descubierto su fracaso con Esther, y un muchacho que es ó quiere ser calavera, todo lo podría tolerar, pero nunca que la mujer que lo ama sepa que otra se ha burlado de él. Pancho, por tanto, no pudo contenerse, y se volvió más brutal que nunca. Tomó el sombrero, después de arrojar á Lisa violentamente de su lado, y ya en la puerta le dijo:

—Lisa, tienes razón, tus mieles me empalagan, y me alegro de que al fin lo hayas comprendido. Te vengo á ver por que me causas lástima.

Lisa sintió algo que le dió vuelta en el cerebro, y cayó en los ladrillos presa de gran convulsión.

Pancho tranquilamente se retiró.

XV.

Lisa lloraba aún, en la cocinita no había señal de que se hubiera hecho fuego, ni siquiera se habían cambiado de sitio las tasas de té y las copas de tequila que apuraron Pancho y Jesús á medio día.

El golpe, aunque previsto, fué tan terrible, que Lisa estaba estupefecta aún. Sentada á un lado de la puerta, veía con infinita tristeza la calle solitaria bajo un cielo encapotado de nubes tempestuosas, oculto el sol, y pareciendo anochecer cuando apenas eran las cinco. La calle de la Alameda se veía como en penumbra; el aire incesante removiendo el polvo y arrastrando las hojas secas de los olmos, zumbaba incesante. Al oriente los relámpagos y el ronco fragor del trueno se sucedían sin intervalo. Las nubes se concentraban revueltas, y gotas gruesas empezaron á salpicar el suelo. Los transeuntes

iban á toda prisa y el gran callejón se quedaba desierto.

Pensativa, sus lamentos interiores se ensombrecían ante aquel horizonte de impenetrable obscuridad y de trieteza.

Una voz conocida la sacó de su abstracción, en los momentos en que la lluvia comenzaba á arreciar, y en que un remolino furioso cerró con estrépito las puertas.

—¿Qué haces Lisa? ¿cómo te va?

Tuvo un momento de turbación y vaciló.

—¿Cómo te vá?, Juana,.....pasa, no te mojes.

—Si, la verdad, quiero entrar por que ya me cojió el aguacero y no quiero volverme sapo.

—¿Qué hace mi mamá?—se atrevió á interrogar tímidamente Lisa.

—Como siempre, tú. ¡Sus piernas!; y ahora con las humedades es peor; pero no...por lo demás está buena. Ya lo creo: los primeros dias no hallaba que hacer; pero yo le dije: ¡Déjala! Ella lo quiere, él lo mismo, pues qué más justo que vivan contentos. Y ya ves, no hay dolor que al alma llegue que á los tres dias no se acabe. Y ustedes cómo están?

—Pues bien....sí.

—Y no creas que es purita casualidad que venga á aquí; si ya hace muchos dias que andaba viniendo; pero que con hoy, que con mañana, así se me pasó el tiempo. Y ya que toca, te lo diré de una vez, María Luisa, yo creo que no me guardarás rencor. Tá bien lo sabes que yo ¿meterme en vidas agenas? ni por pensamiento. Tú vives á gusto con Pancho y él contigo. Dios te lo dió, San Pedro te lo ben liga. A mí, qué me importa lo demás!, que por otra parte quien quiera hablar, primero cuide de no morderse la lengua; pues al fin y al cabo todos somos lo mismo. Bueno, pues te decía, que si quieres, tengo un negocito en que podemos ganarnos algunos centavos. Creo que no estarás muy sobrada.

—¿Qué negocito,—replicó Lisa con extrañeza y sintiendo removerse en el fondo de su corazón todo su odio hacia la tía que, escasa de inteligencia, revelaba en el acto toda su bajeza y toda su maldad.

—No me pongas esa cara sobrinita, que no es para tanto. Mira, la cosa no puede ser más sencilla para tí: es cuestión de que me dejes tu casa un momento, una hora.

A Lisa se le llenó de sangre el cerebro ante la complicidad que la malhadada tía l

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

propuso y que en el acto adivinó; pero se contuvo, esperando que acabara, para vengarse entonces de aquella pariente á quien aborrecía con toda su alma; para cantarle su precio y arrojarla de su casa.

—Sabes tú muy bien,—continnó la tía, con los ojos brillantes de regocijo, dejando asomar entre sus labios carnudos, los caninos enormemente desarrollados,—que don Pedro, el de «La Gran Duquesa», está enamorado de Esther....y ya me comprendes....es un bonito negocio que nos puede dejar algo.

¡Ah!—exclamó Lisa, anonadada por aquellas palabras. Lo había adivinado todo, y en medio de su tremenda exaltación, apareció nítida, esplendorosa como la luz del sol, su venganza. Sus sentimientos cambiaron rápidamente de orientación, y no veía en ese instante sino á Esther, á la maldecida rival que le había robado su amante, su dicha, su vida. Ella así lo creía. Y todos sus deseos de arrojarse sobre su malvada pariente, de escupirle la cara, de vejarla, de maldecirla, de tirarla á la calle, se apagaron instantaneamente bajo el terrible deseo de tomar una venganza que la dejaba plenamente satisfecha. Una risa nerviosa agitó las líneas de su faz, su cuerpo todo se extremecía en el

lóbrego placer de la venganza. ¡Oh dicha que venía á dar una tregua de alivio á su desgracia! ¡Tener en sus manos á su rival para arrojarla con una sóla palabra y en el momento oportuno á la vergüenza pública! Y convulsa, sentía ya la risa delirante al ver pasar con un gendarme á la chihuahuense frente á ella. Refrenó toda su exitación para contestar en trémula voz con sus labios helados.

—Si, tía, lo que tú quieras. ¡Qué bueno! Por fin Esther se ha convencido de que ese pobre de Jesús no se ha de casar con ella. Don Pedro sí que la haría feliz: hace muy bien,—dijo Lisa para despistar toda sospecha.

La tía, que era el colmo de la estupidez, entendió al pié de la letra las palabras de Lisa y la felicitó per su cordura; porque eso quería decir claro que ya el holgazán de Pancho la había fastidiado. Y aquí de los proyectos y consejos á su sobrina que era joven, guapa y hermosa, y tenía mucho que explotar. Y descendió la t,a, creyendo á Lisa dispuesta ya á asociarse á su comercio inmundo, á detalles tales de su vida secreta, que el horror y desprecio que sintió Lisa fué más grande entonces que su deseo de venganza. La injuria á un sentimiento limpio aun hizo des-

pertar de nuevo su energía y, aquella magnífica muchacha de corazón de oro, sintió la indignación más grande de su vida, al pensar sólo en la bajeza que iba á cometer, descendiendo hasta el rango de su tía; y, soberbia, no pudiendo detenerse más, se levantó transformada.

—¡Ah, tía!: ¿cón que me crees tan canalla y miserable como tú?

¡Vete! ¡vete! no me hagas arrojarte á la calle. ¡Maldita! ¡hipócrita! Vete de aquí.

Y el odio contenido por toda su vida, estalló en frases terribles. Apenas podía contener sus manos para no echarse sobre la asquerosa bruja.

Juana se levantó y replicó con sonrisa infernal:

—¿Qué? ¿qué dices, Lisa? ¿Estás loca? ó qué te pasa, infeliz?.... Pues qué estás creyendo que eres tú?....já....ja....já.

—¡Silencio, Juana! Pasó ya el tiempo en que tú me gritabas. Vete de aquí.

Lisa se lanzó sobre ella, y, tomándola de un brazo, en el paroxismo de su rabia, intentó arrojarla á la calle en donde azotaba el aguacero, la tempestad desencadenada como una furia; pero Juana estuvo lista á coger á Lisa por la espalda y la tiró en el suelo. Un esfuerzo

tan grande, que sólo su indignación podía traerle, hizo que Lisa levantara en el aire á su tía; entonces, ella le clavó los dientes en un brazo, y, al gemido del dolor, siguió un golpe seco sobre la banqueta.

Lisa que había arrojado á la calle á la vieja, cerró estrepitosamente la puerta.

La infeliz se levantó tiritando ya, cubierta de arañas y equímosis, empapada, en sudor, y luego en la lluvia que le heló los huesos. A su paso tropezó con un gendarme:—Vecinito, le dijo, no se las coma, en los cuartitos de la Alameda está una; se llama María Luisa.

—Gracias, vecinita, ya caerá, se lo aseguro—replicó el gendarme.

Cuando llegó á su casa, le castañeteaban los dientes, la cara le ardía, una opresión terrible le ahogaba, y tuvo una expectoración de sangre.....

***

A la noche siguiente, la tía murió de una pulmonía fulminante á la misma hora en que Lisa, junta con el Chato, era conducida por el gendarme á la inspección general.

XVI

La enferma levantó con dificultad los párpados, extendió su mirada melancólica, expresiva, sobre la multitud de estudiantes apiñados al derredor de su cama; esa mujer debió ser hermosa, revelábanlo algunas líneas que permanecían intactas, no obstante la profunda demacración de su cara, sus ojos ardientes y húmedos bajo unas cejas enarcadas graciosamente, unas pestañas largas y rizadas, con esa expresión tan viva y simpática de la mayor parte de los tísicos jóvenes. Sobre el cuello y pecho descarnados al descubierto tras la tosca camisa de hospital, rodaban guedejas de negro é irsuto cabello, un brazo delgado y amarillento surgía de entre las sábanas.

El profesor se acercó á ella y le hizo sentar; luego percutió, y auscultó cuidadosamente el pecho y la espalda; le hizo algunas

preguntas, á las qué ella contestaba con voz débil, pero con vivacidad.

—¿Usted toma vino, señora?

Un ligero carmín subió á sus pálidos carrillos, vaciló unos instantes, y, luego, con ligera inclinación de cabeza, contestó afirmativamente.

—He aquí, señores, un caso diferente de los que venimos estudiando. Hecho de la más alta importancia, por que tendrán ocasión de observarlo á cada paso en su práctica: Tuberculosis, alcoholismo, y ¡la debacle! neumonía.

Diserta largamente sobre el asunto, su voz es clara, amplia, de gran flexibilidad, el gesto natural y oportuno, su palabra corre fácil y sonora, como un raudal; sus ideas adquieren al calor de la peroración, una fuerza eminentemente sugestiva que se impone poderosa sobre la voluntad, hecha una, de todo el auditorio pendiente de sus labios.

Mientras tanto, la enferma deja caer pesadamente la cabeza sobre el pecho, y cierra los ojos. Parecería que la fiebre no la dejaría oir; pero sus nervios funcionaban bien. Oye la voz del profesor, la oye monótona como la voz del que reza, como el tic-tac de un reloj. Las alegres canciones de los enfer-

mos de la sala del «Corazón», los gritos intempestivos de los enajenados en el manicomio, el toque incesante de la campana anunciando enfermos que entran, ó la llegada de algún catedrático, todo lo oye y todo la llena de tristeza.

El profesor termina la clínica y dirigiéndose al interno del servicio dice: «*Yl faut qu' elle arrange ses affaires aujourdi meme.* Señor Fernández, estudie usted á esa enferma.

Profesor y alumnos pasan á la cama siguiente. Uno sólo quedó con ella. La ayudó á acostarse, la cubrió muy bien y en seguida sentóse á un lado de la cabecera repitió el interrogatorio, tomando nota en un papel: desde cuando estaba mala, como había empezado su padecimiento, era casada, soltera, que oficio tenía, en fin que vida llevaba. Luego seguía pidiendo los antecedentes de familia. Ella respondía con voz apagada, entrecortada por una respiración violenta. El estudiante la hizo sentar de nuevo, examinó el pecho, la espalda, vió el esputo y se retiró después de contestar con palabras ambiguas á la pobre mujer que, con una mirada angustiosa, y llena de terror, le preguntó como la veía.

El practicante se retiró, incorporándose

con los demás compañeros que habían pasado á la sala opuesta. Ella quedó sumergida en un mar de recuerdos que acababan de evocarse en su memoria. Su vida de alegría en medio de los estudiantes que ya ahora no la conocían siquiera ¡tal era su demacración en tres años de vida vagabunda! Recordó las penalidades de la pobreza llevadas con la alegría de vivir, todo en broma y con la sonrisa en los labios, ¡la dicha del hogar!.... después, se abría una cortina, y su vida se perdía en la obscuridad. El negro horror del placer sensual que calosfriaba su cuerpo extinto, el espanto de una prostitución brutal, el odio reconcentrado á semejante modo de vivir, y el alcohol, el alcohol, el salvador de todas sus miserias; porque era el único que embruteciéndola le traía la calma en el anonadamiento. Por fin, el vicio arraigado terriblemente, obligándola á rodar de cantina en cantina, solicitando vino. Y en todo aquel hacinamiento de miseria humana, brillaba aún, como una chispa ardiente, su amor estúpido de ebrio al mismo que ahí la había arrojado. En esos mismos instantes, en que el frío de la tumba soplaba sobre sus secas carnes, habría dado el instante de vida que aun le restaba por ver una vez más á su adorado.

Cuando la enfermera la despertó, para darle una cucharada de vino de quina, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Casualmente,—dijo á la enfermera—conoce usted á Pancho Ramírez estudiante de sexto?

—Ramirez, ah! sí el Sr. Ramirez, el de la clínica externa.

—¡Oh!—exclamó la enferma, con acento dulcísimo y apasionado, —cuánto le agradecería, le dijera que una antigua amiga suya está en el hospital y desearía saludarlo. Me llamo Maria Luisa.

—Descuide Vd., se lo diré luego.

***

Ni la enferma volvió á preguntar por Pancho, arrebatada por la gravedad de su mal á un estado de indiferencia y agotamiento, ni la enfermera se acordó más, de cumplir su palabra.

***

—El 36 de San Vicente, Sr. Ramirez.

Pancho despertó bastante amohinado, pero cuando á la luz de la farola que llevaba en la mano la veladora, descubrió el gracioso semblante de la más guapa del hospital,

cambió de humor y, contento ya, se vistió con rapidez. Era esta muchacha, una primorosa locuela que traía á medio hospital con el casco lleno de aire, y, por de contado, Pancho figuraba ya entre sus mas ardientes adoradores. Rápidos, veladora y practicante, se dirigieron á la cama que ella le indicó.

La enferma se ahogaba en una respiración estertorosa; los ojos inmensamente abiertos, la nariz afilada, caído el maxilar, hundidos los carrillos. Con la costumbre prontamente adquirida por los del oficio, Pancho, sin reparar siquiera en las lineas de la moribunda, le pasó maquinalmente una mano por la frente húmeda y helada; luego se inclinó y apoyó su cabeza sobre el pecho. En aquel precioso instante, los latidos del corazón, incontables de precipitados, se extinguieron. Pancho se levantó y dijo secamente:

—Bien muerta.

Y como en su proximidad sólo se veian enfermos dormidos ó cubiertos con las blancas sábanas hasta la cabeza, se deslizó como al descuido y le dió un beso en la nuca á la veladora que, finguiendo un regaño, le rechazó con seño mono y encantador.

María Luisa ya no vió aquello: acababa

de expirar en el momento en que debió haber contemplado una visión divina que, en su angustia mortal, venia á cerrarle los ojos, á recoger los últimos estremecimientos de su corazón. Quizá al reconocerlo, la tremenda emoción le había dado la muerte más dulce que pudiera esperar. La dicha quedó pintada en la última sonrisa, petrificada en su semblante por la riguidez cadavérica.

FIN

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página	*Línea*	*Dice*	*Léase*
31	24	en	bajo
39	10	entendieran	entendían
60	6	extinguió	extinguiera
96	2	Jesús	Pancho.